

**Las Ideas Religiosas de  
Ignacio M. Altamirano  
y el  
Pensamiento Liberal Francés en México**

©

Tesis para obtener el Grado de  
Maestro en Filosofía

©

Por

ANTONIO IBARGÜENGOITIA CHICO

. 1953 .



Universidad Nacional  
Autónoma de México



**UNAM – Dirección General de Bibliotecas**  
**Tesis Digitales**  
**Restricciones de uso**

**DERECHOS RESERVADOS ©**  
**PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

**A la memoria  
de mis padres**

**A mis hermanos**

**A la A. C. J. M.**

## INDICE

	Págs.
Prólogo.	7
Cap. I.—El Pensamiento Liberal Francés. (Ideas Político Religiosas).	13
Cap. II.—Iniciación en la Vida Pública de México. de Don Ignacio M. Altamirano.	23
Cap. III.—El Marco Histórico.	31
Cap. IV.—La Obra de Altamirano.	37
Cap. V.—Ideas Religiosas en el Político.	45
Cap. VI.—Ideas Religiosas en el Literato.	65
Cap. VII.—Ideas Religiosas en el Hombre.	79
Conclusión.	91
Bibliografía.	93

## PROLOGO

A partir de la Independencia política de nuestra Patria se presenta como inquietud vital, una efectiva libertad de la comunidad cultural mexicana. Su existencia real ha sido objeto de múltiples y complejas opiniones que han llevado a clasificar los problemas y las realidades en grupos más o menos convencionales.

Dada su importancia, de los grupos formados los que mayor número de análisis han sufrido son: la libertad económica, la política y la cultural de México.

Del estudio y disección de estos problemas, han resultado conclusiones poco halagüeñas, aunque no por eso menos exactas, las cuales han dejado al descubierto una dolorosa realidad: México no ha sido un pueblo libre en lo económico, lo político y lo cultural, sino que en estos aspectos dependemos, al menos en lo fundamental, de influencias exteriores.

Tal resultado nos ha movido a estudiar, dentro de nuestras posibilidades, un caso humano de dependencia exterior en el terreno cultural, sin pretender más que una introducción a un tema muy vasto, que sería el estudio de la proyección del pensamiento liberal francés en México.

Hemos tomado a un personaje que, de acuerdo con cierta tradición, es uno de los que más efectivamente contribuyó a la formación cultural de la juventud en la segunda mitad del siglo pasado, durante la cual se hizo acreedor al título de Maestro (1). Además, porque es un indígena incorporado a la civilización occidental cuyo temperamento expresivo hace que aparezcan en él,

(1) Se le conoce con ese título a partir de la organización de la Escuela Normal de Maestros.—Ver Biografía de Ignacio M. Altamirano.—Luis González Obregón.—Edic. Soc. Mexicana de Geografía y Estadística.—México 1893.—Pág. 23.

muy claros los rasgos característicos de un fenómeno social, fundamental para explicar la formación de la comunidad cultural mexicana.

Hemos elegido de él su pensamiento respecto al problema religioso, pues con ello hemos creído prestar nuestra insignificante pero sincera colaboración al estudio de una de las formas culturales que revisten mayor importancia en el Siglo XIX mexicano, ya que divide y encona hombres y partidos hasta provocar conflictos de trascendencia en la vida nacional.

Además hemos estudiado a Altamirano desde el ángulo religioso, porque consideramos que en todos los tiempos, aún en aquellos en que los directores de la sociedad consideran como un honor y una elegancia el carecer de sentimientos religiosos, ha sido la religión la preocupación más honda del corazón y de la mente del mexicano. Alrededor de la religión o del mito, el individuo y la sociedad a que pertenece, ordenan su vida; de acuerdo con ella el hombre discute, piensa y actúa, y finalmente, por un ideal religioso combate, sufre y aún llega a entregar su vida. Ese sentimiento, esa inquietud o esa realidad —llámesele como se quiera— es la que hace exclamar a uno de los hombres cuya romántica pluma causó grave daño en gran número de conciencias religiosas: "La religión es la más elevada y más atrayente de las manifestaciones del alma humana" (1).

Adoptamos tal actitud porque consideramos que la Filosofía no debe circunscribirse al terreno de la especulación, sino descender, después de elaborada una teoría hasta las formas comunes de vida. Opinamos con Dilthey que: "La cualidad fundamental en todas las funciones de la filosofía, es el rasgo espiritual que trasciende la sujeción del interés determinado, finito y limitado, y tiende a incorporar toda teoría engendrada por una necesidad limitada, en una idea definitiva. Este rasgo del pensamiento está fundado en su propia legalidad y responde a las necesidades de la naturaleza humana, que difícilmente admiten un análisis seguro, a la alegría de saber, a la necesidad de una última solidez de la posición del hombre frente al mundo, a la aspiración de superar las limitadas condiciones que nos impone la vida". (2).

Además hemos escogido a Altamirano por ser un personaje

- (1) Renán Ernesto.—Prefacio a: ESTUDIOS DE HISTORIA RELIGIOSA  
(2) Dilthey Guillermo. Esencia de la Filosofía.—Buenos Aires, 1944.

poco estudiado hasta ahora, pues existen solamente breves artículos periodísticos, cuyo objeto no ha sido profundizar en su pensamiento, sino solamente dar a conocer aspectos parciales de su personalidad, o bien son comentarios igualmente particulares de algunos de sus escritos (1).

Existen algunos otros estudios sobre nuestro personaje en los que aparece englobado en asuntos generales de su época, o bien en las historias de la literatura, pero no conocemos ningún estudio monográfico que haya intentado comprender al escritor guerrerense y con él al período de historia que le tocó vivir, en relación con su actitud religiosa.

Nuestros objetivos al emprender este trabajo han sido principalmente dos: el primero, presentar el pensamiento de don Ignacio M. Altamirano tratando de hacer una valorización de su personalidad y de su actitud religiosa en la política y en las letras mexicanas, así como la aportación dada, por medio de la influencia de sus actitudes, a la formación de la nacionalidad de México en el Siglo XIX, tomando a Don Ignacio como el signo de una época, capaz de darnos a entender las consecuencias de una actitud, y no como un modelo que pueda servir a la actual generación joven y culta, si desea una verdadera independencia de nuestras reservas culturales. El segundo objetivo ha sido, llegar a una interpretación de la actitud religiosa de Altamirano, en la que parece conjugarse la comprensión incipiente de los valores nacionales y su empeño por hacer que en México se adoptaran principios y actitudes elaboradas en Francia, y aplicables a los problemas y modos de ser de aquella nación.

A nuestro modo de entender las cosas, la solución para una verdadera independencia cultural de México como nación, deberá consistir en la maduración lenta y sistemática de nuestros valores, y no en la importación ingenua de doctrinas exóticas, que si en los individuos pueden provocar contradicciones internas como las que se observan en Altamirano, en la sociedad provocan conflictos que merman su estabilidad y pueden conducirla, con su repetición, al anquilamiento del ser nacional.

El trabajo que iniciamos no lleva por tanto, otra pretensión que la de contribuir al estudio de la historia de las actitudes hu-

- (1) Ver Bibliografía. Artículos sobre Altamirano.

manas en nuestra Patria, haciéndolo a través de uno de los personajes más característicos de una época.

El método que hemos seguido consiste en buscar en lo dicho por Don Ignacio, lo que de alguna manera nos muestre el conflicto interno desarrollado en su espíritu, y las formas como se manifestaba en relación con el pensamiento, los personajes y la organización de las instituciones religiosas, y con esos textos y sus comentarios, tratar de descubrir el modo de pensar y la doctrina que nuestro personaje sustentaba en lo que se refiere al problema religioso.

Posteriormente hemos tratado de hacer una comparación de las expresiones de Altamirano con lo escrito por los pensadores liberales franceses, y con principios probados filosófica e históricamente, para considerar las posiciones adoptadas por nuestro personaje y valorizar sus actitudes.

En ambos procedimientos hemos recurrido a los textos más autorizados, principalmente a las recopilaciones hechas últimamente por la Secretaría de Educación Pública, la cual ha editado hasta ahora sólo el primer tomo de la Obras Completas que contiene todos los discursos de don Ignacio. Después de esto hemos entresacado de los periódicos de la época, coleccionados en la Hemeroteca Nacional, los textos de los artículos que principalmente hacen referencia al tema que nos interesa, aunque desgraciadamente algunos de los artículos, los hemos encontrado mutilados. Igualmente hemos recurrido a compilaciones bastante bien hechas por José Luis Martínez, que bajo el rubro de La Literatura Nacional, ha coleccionado Revistas, Ensayos, Biografías y Prólogos de Altamirano, que fueron publicados por la Editorial Porrúa en el año de 1949, y por Ralph E. Warner, cuya recopilación fué presentada al público con el título de Paisajes y Leyendas, editado el mismo año que la anterior, por la Antigua Librería Robredo. Finalmente nos hemos servido de algunas otras publicaciones hechas principalmente con motivo del centenario del natalicio de nuestro personaje. De todo esto damos amplia relación en la bibliografía que hemos puesto al final del trabajo.

Hemos procurado que las citas de textos de Altamirano sean auténticas, conforme a los trabajos que de reunión de ellos se ha hecho hasta ahora; cñiendo el estudio al sentido que hemos de darle a las expresiones del escritor guerrerense.

Para el desarrollo de nuestro trabajo primeramente hemos esbozado en líneas generales lo que entendemos por el Pensamiento Liberal Francés, señalando los hombres más destacados de esa corriente, los libros más notables y las vías que siguió para su difusión, principalmente en los países de habla española en América.

Enseguida hemos puesto tres capítulos que pretenden ponernos en contacto con nuestro personaje primeramente por los datos biográficos, muchos de ellos dictados por él mismo a sus discípulos para después encuadrar al personaje, que aparece ya en la vida pública de México en el medio histórico que le rodeó, las fuerzas sociales con las que tuvo que luchar y las que le ayudaron a lograr sus propósitos, y finalmente hemos hecho una síntesis de la obra realizada por Don Ignacio.

Después siguen otros tres capítulos que tienen como centro el problema de la religión, en otros tantos aspectos que consideramos básicos para entender la personalidad de Altamirano. En primer lugar al político que actuaba en un medio tan complicado como el de su tiempo. En segundo lugar hemos examinado al literato, y finalmente hemos hecho un estudio de las cualidades humanas de nuestro personaje de acuerdo con el problema central de nuestro trabajo.

No queremos terminar estas líneas sin hacer patente nuestra gratitud a las personas que de alguna manera nos ayudaron en este trabajo; al Dr. Felipe Pardinas Illanes, quien dió las directivas fundamentales para realizarlo, al Dr. José Sánchez Villasenor por la atinada dirección para completarlo, al Sr. Phro. Don Francisco Nava G., Párroco de Tixtla, quien facilitó datos magníficos para la investigación de algunos puntos de estudio que de otra manera hubiera sido imposible hacer, y a todas las personas que con su consejo y entusiasmo ayudaron en la tarea.

## CAPITULO I

### EL PENSAMIENTO LIBERAL FRANCES

#### (Ideas Político Religiosas)

El término liberal, así como liberalismo, es una palabra de origen latino (*liberalis*). Según los filólogos, se llamó LIBERAL a aquel que concedía la libertad a su esclavo.

Posteriormente ese espíritu de liberalidad se aplicó a diferentes relaciones de la vida práctica, y la palabra liberal vino a significar: desprendido, dadivoso, largo. Después se hizo extensiva a los hechos del alma y expresó idea de cosa elegante, suelta, magnífica.

Aplicada a las ideas sociales significa la escuela contraria a la política servil (1).

En el campo político, el adjetivo liberal fué irónicamente aplicado en el siglo XVIII por los monarquistas franceses a los miembros del partido de la oposición, que reclamaban enérgicamente las libertades públicas.

En España se empezó a usar en los primeros años del Siglo XIX, y se empleaba como término opuesto a las palabras absolutismo, feudal, realista, ultra, (*sic*) y en otros países europeos, opuesta a los términos: conservador y aristocrático.

Como cuerpo de doctrinas políticas, el Liberalismo empieza a manifestarse en Europa hacia la mitad del siglo XVII como un movimiento de tendencias revolucionarias cuyos resultados son: la

(1) Diccionario General Etimológico de la Lengua Española por D. Roque Barcia.—Barcelona 1902.—Sub Verbo.

unificación de varios núcleos de población y el fortalecimiento del nacionalismo; el derrocamiento de dinastías; la independización de países sometidos y la imposición a los monarcas, de constituciones que limitaron su poder. Estos fenómenos se intensifican en el siglo XVIII y la mayor parte del XIX.

Es durante esta centuria que el Liberalismo adquiere una modalidad económica y jurídica, de donde va descendiendo hasta las modernas banderas políticas liberales.

La batalla por la imposición de la doctrina liberal se efectúa, como todas, primeramente en el campo de las ideas, y sus postulados fundamentales son: la soberanía del pueblo y el racionalismo religioso, en contra de la autoridad real y la autoridad del magisterio religioso.

La libre interpretación de la Palabra Revelada iniciada por Lutero provoca la revolución religiosa en Alemania, la cual se extiende a toda Europa después.

Ese problema e inquietud en el orden religioso, pasa a los demás aspectos de la cultura, en sentido político, económico, jurídico y social, como una rebelión contra los valores absolutos.

En su aspecto político presenta con frecuencia un fuerte carácter anticlerical, junto a un contingente numeroso de ideas en los campos social y económico.

Desentendiéndonos de otros aspectos, trataremos de presentar el contenido del término liberal en los planos político y religioso.

El contenido doctrinal del liberalismo en estos aspectos se puede resumir en los dos postulados citados: LA SOBERANÍA DEL PUEBLO y EL RACIONALISMO RELIGIOSO. Estos postulados tienen su base filosófica mediatamente en las ideas cartesianas e inmediatamente en el sistema de ideas de John Locke (1632-1704) expresadas a través de su ENSAYO SOBRE EL GOBIERNO CIVIL, (1) en el cual concibe a la autoridad civil o Estado, como una creación convencional de los ciudadanos, originada por un contrato libre. Esa autoridad deberá estar repartida

(1) Publicado en Londres por primera vez en el año de 1690. Las obras de John Locke fueron recopiladas por primera vez en Londres entre los años de 1714 y 1720. Posteriormente se hizo una publicación como Obras Completas en 9 volúmenes en el año de 1835. Por Saint-John, Londres.

entre varias personas o instituciones y no residir sólo en el Monarca, pues éste, habiendo recibido su investidura de los individuos, puede ser depuesto en cualquier momento, y el Poder entregado a otras personas que le representen.

El mismo ensayo de Locke nos presenta el complemento religioso de tal filosofía política. El cristianismo es admisible, declara Locke, pero "sólo en la medida que éste pueda ser racional", rechaza por tanto, todas aquellas verdades que no puedan ser científicamente probadas. De la misma manera, la Revelación es admisible sólo en tanto que no pase por encima de la razón. Por lo que se refiere al culto, puede ser llevado a efecto en la forma que se quiera, siempre y cuando la práctica del mismo no constituya un peligro para el Estado.

El pensamiento de Locke, unido al pensamiento teológico luterano, influye poderosamente en el cuadro de ideas político-religiosas de los llamados filósofos franceses. Estas ideas provocan la Revolución Francesa, pues aún cuando habían sido conocidas primeramente en Inglaterra, en Francia tuvieron una repercusión más violenta debido a la injusta situación social que exigía reformas inmediatas.

En general, se puede decir que el movimiento de los filósofos franceses es una rebelión del sentimiento en contra de la razón, cuyos antecedentes podemos encontrarlos en Lutero, que en el siglo XVI escribía un texto (1) que después repetiría en otros escritos: "Sé por experiencia personal que sólo la maligna inteligencia de nuestra razón es la causa de nuestra turbación y de nuestras inquietudes". En su DE SERVO ARBITRIO que escribió para refutar a Erasmo de Rotterdam, dirá una y otra vez: "En el camino de la salvación, nada puede la razón; la razón es una loca, la razón es una tonta" (2).

Esa manera de conducirse a través del sentimiento exclusivamente, despreciando el valor de la razón repercutirá en hombres como Juan Jacobo Rousseau (1712-1778) filósofo ginebrino y uno de los ideólogos del movimiento revolucionario francés, quien afirmará dos siglos más tarde que el profeta de Wittenberg que el fracaso de la filosofía y la cultura había sido causado por el

(1) Carta personal de Lutero. Citada por F. Funck Brentano, en LUTERO.—Cap. XVI. Editorial Diana, México, 1950.

(2) ib. ib.

vido que se había hecho del sentimiento y que si Descartes había sido el iniciador de una nueva manera de pensar, había igualmente restado importancia al sentimiento.

Es Rousseau quien presenta con mayor fuerza de divulgación el pensamiento político que había de llamarse liberal. En sus tesis habla del origen de la sociedad por el Contrato Social: "Hallar una forma de asociación que defienda y proteja de toda la fuerza común la persona y los bienes de cada asociado, y por la que cada uno, uniéndose a todos, no obedezca, sin embargo, más que a sí mismo, y permanezca tan libre como hasta entonces. Tal es el problema fundamental, cuya solución da el Contrato Social" (1).

Es decir que la sociedad tiene su origen exclusivamente en el contrato llevado a cabo por individuos. De allí que toda autoridad será representante exclusiva de los individuos que la han elegido para gobernar, y esos individuos que han elegido a su gobernante, si ya no quieren conservarlo, podrán cambiarlo en cualquier momento. Es el individuo quien tiene la única autoridad y soberanía absoluta: "el gobernante es el mandatario del pueblo".

Estas tesis constituían un llamado a cambiar el orden establecido. La tesis hasta entonces sostenida de que la autoridad procede de Dios, se veía duramente atacada por estos pensadores.

La guía de toda moralidad es para los pensadores franceses liberales exclusivamente la ley positiva, la ley escrita, la aplicación de ésta es el único medio de saber si un hombre es bueno o malo:

"Todos los hombres que se conducen tan diversamente se reúnen todos en un punto, que llaman virtuoso a lo que es conforme a las leyes que han establecido y criminal a lo que les es contrario". Dice Voltaire en su TRATADO DE METAFISICA, y continúa:

"La virtud y el vicio, el bien y el mal moral es, pues, en todo país, lo que es útil o perjudicial a la sociedad" (2) y confirma su tesis diciendo:

"Un hermano que mata a su hermano es un monstruo; pero un hermano que no hubiera temido más medio de salvar a su patria que sacrificar a su hermano, sería un hombre divino" (3).

(1) Juan Jacobo Rousseau.—El Contrato Social.—en Julián Marias LA FILOSOFIA EN SUS TEXTOS.—Madrid, 1950.

(2) Voltaire.—Tratado de Metafísica.—Cap. IX. De la Virtud y del vicio, en la FILOSOFIA EN SUS TEXTOS.—Julián Marias.—Madrid, 1950.

(3) ib. ib.

Para Voltaire la moral no tiene relación alguna con el Ser Trascendente, sino sólo con el individuo mismo, y así afirma: "nuestro bien y nuestro mal físicos no tienen existencia más que con referencia a nosotros; ¿por qué estarán en caso distinto nuestro bien y nuestro mal moral?".

"Si hubiera alguna ley caída del cielo que enseñara a los hombres muy claramente la voluntad de Dios, entonces el bien moral no sería más que la conformidad con esa ley" (1).

"Pero como, que yo sepa, Dios no se ha dignado intervenir así en nuestra conducta, es preciso que nos limitemos a los regalos que nos ha hecho. Estos regalos son: la razón, el amor propio, la benevolencia para con nuestra especie, las necesidades, las pasiones, medios por los que hemos establecido la sociedad" (2).

El capítulo del Tratado de Metafísica, concluye:

"Así, todo hombre razonable concluirá que visiblemente su interés consiste en ser hombre honrado.

.....

"Quienes necesiten el socorro de la religión para ser gentes honradas son muy de compadecer; y sería preciso que fueran monstruos de la Sociedad, si no se hallasen en sí mismos los sentimientos necesarios a esta sociedad, y si tuvieran que emprestar en otra parte lo que debe hallarse en nuestra propia naturaleza" (3).

Rousseau y Voltaire unen temporalmente su actividad a través del grupo de los Enciclopedistas, para llevar a Francia primeramente y a Europa después, estos principios de filosofía política y religiosa.

La Enciclopedia con su forma novedosa de presentarse y con las ideas que pretendían solucionar muchos de los problemas que aquejaban al Viejo Mundo, llegó a las bibliotecas de los hombres de estudio. Las prohibiciones y dificultades que le pusieron para su publicación y difusión algunos gobiernos, le dió un éxito mayor que el esperado en ciertos sectores.

El "cuadro general de los esfuerzos del entendimiento hu-

(1) ib. ib.

(2) ib. ib.

(3) ib. ib.

mano, en todos los géneros y en todos los siglos" (1) fué la idea genial de los editores, y aunque aparentemente no se expresaba allí ninguna idea revolucionaria o antirreligiosa; pues se había tenido buen cuidado de hacer los "remitidos" en las palabras claves, fué el comienzo de la revolución de ideas en los campos político y religioso.

Hemos dicho que la filosofía de los enciclopedistas tiene su origen en el pensamiento cartesiano, aun cuando le criticaban el haber hecho caso omiso del sentimiento. Al hablar d'Alembert—director de la Enciclopedia—, sobre Descartes, se expresa así:

"Descartes a osé au moins, montrer aux bons esprits à secouer le joug de la scholastique, de l'opinion, de l'autorité, en un mot, des préjugés et de la barbarie; et par cette révolte dont nous recueillons aujourd'hui les fruits, la philosophie a reçu de lui un service plus difficile peut-être à rendre que tous ceux que elle doit à ses illustres successeurs. On peut le regarder comme un chef des conjurés que a eu le courage de s'élever le premier contre une puissance despotique et arbitraire et que en préparant une révolution éclatante, a jeté les fondements d'un gouvernement plus juste et plus hereux qu'il n'a pu voir établi" (2).

La filosofía escolástica y el argumento de autoridad son objeto por parte de los enciclopedistas, más bien de desprecio que de controversia. El segundo había sido víctima del abuso a finales de la Edad Media, y esa circunstancia sirve de pretexto al enciclopedista Diderot de expresarse así: "Aujourd'hui que la philosophie s'avance à grands pas, qu'elle soumet à son empire tous les objets de son ressort; que son ton est le ton dominant, et qu'on commence à secouer le joug de l'autorité et de l'exemple pour s'en tenir aux lois de la raison, il n'y a presque pas un ouvrage élémentaire et dogmatique dont on soit entièrement satisfait" (3).

Estos textos nos muestran algunos de los aspectos generales del pensamiento liberal francés, que había de divulgarse posteriormente a Europa y América.

- (1) Así está presentada la primera edición de La Enciclopedia: París.  
(2) La Enciclopedia.—Descartes.  
(3) La Enciclopedia.—Filosofía.

Hacia los finales del siglo XVIII la Nueva España recibía a través de la Metrópoli las inquietudes intelectuales y políticas que se originaban al otro lado del Atlántico. Por medio del ejército recién formado, el cual no había existido anteriormente y en el cual participaban mercenarios de distintas partes de Europa, llegaban las ideas que andaban en boga en sus respectivos países.

En España, mientras los Habsburgos ocuparon el trono, las ideas liberales y revolucionarias no tuvieron mucha aceptación; pero al pasar el trono español a la Casa de Borbón, se hizo sentir la influencia francesa, y algunos de los Ministros del Rey Carlos III y de su sucesor mostraban gran simpatía por la difusión de las nuevas ideas.

Por medio de esos ministros, fueron arrancados a los reyes, decretos que favorecían notablemente a las ideas liberales: la Orden de los Jesuitas es expulsada de los dominios españoles, la Inquisición se ve limitada en su poder para juzgar a quienes introducían libros perniciosos en el Reino (Nueva España) y a quienes públicamente difundían ideas contrarias al orden establecido; finalmente el poder real, haciendo efectivo el Patronato, influía de manera poderosa en la designación de autoridades eclesiásticas.

• • •

La Nueva España se había formado con elementos culturales provenientes casi todos de la Península. Sin embargo, existía una fuerte corriente de pensamiento y sobre todo, de idiosincracia nativa, la cual en los primeros años no se atreve a salir a la superficie del panorama cultural del país. El esfuerzo español por introducir la religión cristiana, la lengua y los demás valores culturales de España, hace que en medio de aquel noble esfuerzo, se olviden muchas de las inquietudes de la población indígena, reflejándose ésto en la ausencia de ellos en los puestos directivos de la administración.

La evolución de la mentalidad nativa para adoptar las nuevas formas culturales, es lenta objetivamente, aunque si se la compara con conglomerados de otras partes, resulta asombrosamente rápida.

Por medio de los soldados extranjeros que llegaron a formar parte del ejército y también por medio de los estudiantes laicos y clérigos que llegaban de la Península, las ideas de Libertad, Igualdad y Fraternidad, postulados en que se resumía el pensa-

miento liberal, empezaron a introducirse a las mentalidades de la Nueva España, primero veladamente y después a la luz del día. Ese sentimiento de libertad en todas sus formas, encontraría un terreno propicio para fructificar.

Ese sentimiento revolucionario y libertador no tiene sus principales adeptos en la generalidad del pueblo, sino en los peninsulares residentes y en los criollos. La propia independencia política había de ser más un movimiento de criollos que de mestizos e indios.

Las ideas liberales que llenaban la Península y se habían transplantado a América, enardecían a los hombres de los siglos XVIII y XIX y para hacer referencia a ellas hacían uso de una palabra, las más de las veces confusa en su auténtico sentido, pero que tenía la virtud de entusiasmar a aquellas mentalidades plenas de romanticismo. El término mágico, cuyo efecto correspondería al que en nuestros días produce la palabra PAZ, fué en los siglos pasado y antepasado la palabra LIBERTAD.

El entusiasmo por la Libertad, en el sentido en que la entendían los liberales franceses, llegó a todos los centros de estudio y políticos del Nuevo Continente. Una vez efectuada la independencia política, quedaban aún problemas serios que resolver en las nacionalidades recién formadas. Uno de ellos era el problema indígena.

Quienes no habían participado en el movimiento de liberación, deseaban también entrar a él en el campo de las ideas y de la acción. Los elementos indígenas, que en su mayoría no habían tenido influencia y responsabilidad políticas empezaban a des-  
pertar.

Con la solemnidad y parsimonia característica de su mentalidad matizada de rasgos orientales, entraban a colaborar en la atractiva difusión de la idea de libertad.

El pensamiento liberal francés encontraría entusiastas adeptos en muchos de los indígenas que hasta entonces, más de hecho que de derecho, habían quedado fuera del panorama cultural y político de México.

Uno de estos casos se presenta en las páginas siguientes, tratando de explicar en algunos aspectos, nuestra dependencia cultural del extranjero, y como un fenómeno social del siglo XIX mexicano.

## CAPITULO II

### INICIACION EN LA VIDA PUBLICA DE MEXICO DE DON IGNACIO M. ALTAMIRANO

Para llegar al lugar geográfico donde empieza la vida de nuestro personaje, debemos remontarnos a los grandes macizos de las serranías del Sur de México. La región donde nació Altamirano es una agreste cadena de montañas. Aún en la actualidad, —la era de las carreteras petrolizadas y la velocidad en las comunicaciones—, Tixtla se encuentra unida a la vida moderna por un estrecho camino que serpea los profundos valles encajados en la sierra de Guerrero.

El propio Altamirano describe el paisaje admirablemente: "El caudillo azteca que fundó Tixtla, supo escoger bien el sitio para levantar la nueva población. Un valle ameno y fertilísimo, abrigado por un anfiteatro de hermosas sierras cubiertas de una vegetación lozana, y de cuyas vertientes descienden cuatro arroyos de aguas cristalinas, bastantes para la irrigación de los terrenos y que van a formar, al oriente de la población actual un lago pequeño, pero bellissimo. Temperatura fría en las alturas, tibia en el llano y caliente en los bajíos; vegetación gigantesca en las selvas, y sombría y tropical en los huertos que cultivan los indios con esmero; llanuras cubiertas de maíces en el estío y de grama y de flores en la primavera, pequeñas colinas engalanadas con eterna verdura, los dos bosques de ahuehuetes seculares a cuyo pie brotan las fuentes de aguas vivas; una atmósfera embalsamada y un cielo en que la luz solar se suaviza al través de una gasa de brumas; he aquí el cuadro que presenta Tixtla al que desciende a ella

por la cuesta occidental en que serpentea el camino de Chilpancingo" (1).

En ese país, en donde la tierra baja en los valles es fuego que alimenta las pasiones, en donde el calor de la atmósfera y la vegetación hacen que el sentimiento domine a la razón, pasó Altamirano sus primeros años.

Su vida, aunque no tenemos datos precisos, debe haberse desarrollado como la de uno de tantos muchachos indígenas de nuestros medios rurales: entretenido en cuidar el ganado que le encomendaban, arrojando piedras con la honda, recorriendo las cañadas con sus amigos; en una palabra, cultivando el cuerpo con plenitud y descuidando la inteligencia.

Seguramente Altamirano no sintió grandes inquietudes intelectuales sino hasta cuando, por un golpe de suerte, por una de esas pequeñeces que influyen en la historia de los hombres, su vida cambió de rumbo.

Era Ignacio hijo de Francisco Altamirano y Gertrudis Basilio, indígenas de pura raza azteca. Su apellido lo había heredado uno de sus antepasados que había sido bautizado por un español llamado Juan Altamirano. Fué bautizado en la parroquia de Tixtla con los nombres de: Ignacio, Manuel, Homobono, Serapio, según consta en los registros parroquiales, en la última hoja de un tomo que se encuentra muy deteriorada. Indica como fecha del nacimiento el 12 de Diciembre de 1834, aún cuando la partida no tiene la firma del párroco.

Don Ignacio mismo afirma que sus ascendientes carecían de mezcla europea, lo cual él tenía a orgullo. Igualmente sus rasgos faciales, según los retratos que de él se conservan, así lo indican.

Hacia el año de 1848, el señor Francisco Altamirano, padre de Ignacio, recibió el nombramiento de Alcalde de Tixtla y su hijo fué tomado más en cuenta en la escuela, pues hay la tendencia de que los hijos de las autoridades civiles llamen la atención de los maestros, quienes gustan de observar si es que las cualidades de gobierno han sido heredadas por el que ahora es alumno.

Ignacio, que contaba a la sazón catorce años, empezó a distinguirse entre sus compañeros, siendo favorecido al poco tiempo

(1) La Semana Santa en Mi Pueblo.—IV PAISAJE. Aires de México. Biblioteca del Estudiante Universitario. T. 18, Pág. 126. México, 1940.

con una beca instituida entonces en el Estado de México (1) la cual establecía que los niños indígenas más destacados de cada municipio, fuesen a estudiar a la Capital por cuenta del Gobierno del Estado.

De este modo, en el mismo año de 1848, el Alcalde de Tixtla y su hijo se dirigieron, a través de las sierras hasta Toluca, en donde fué inscrito en el Instituto Científico y Literario para aprender, prácticamente desde las primeras letras, pues ni siquiera dominaba bien el español. Sin embargo, su inteligencia, más aguda que lo normal, unida a una sed enorme de conocimientos, le hizo encontrarse de pronto con un mundo totalmente nuevo para él: el mundo de la cultura, al cual llegaba sin tener ninguna preparación para ordenar sus conocimientos.

Altamirano empezó a leer; a leer todo lo que tenía a mano y lo que sus maestros le recomendaban.

Nos dice don Ignacio que entre los maestros del Instituto destacaba don José Ignacio Ramírez —El Nigromante—, representante típico de ideas liberales avanzadas, quien impartía la clase de Literatura, en la cual fué admitido Altamirano aún antes de cursar los estudios necesarios, pues según se dice, se sentaba a la puerta del salón en donde Ramírez impartía su enseñanza, hasta que un día fué invitado por el maestro a pasar, y desde entonces siguió sus clases varios años (2).

Para poder comprender muchas de las reacciones posteriores de don Ignacio, hay que tener en cuenta que en esa época recibió el impacto de los escritos de los pensadores franceses, cuyas obras se encontraban como libros fundamentales en el Instituto Literario de Toluca, pues había sido fundado a iniciativa de Don Ignacio Ramírez cuando desempeñaba el cargo de Gobernador del Estado de México.

Esa manera de pensar debe haber llamado su atención más que cualquier otra doctrina. El liberalismo se presentaba como el sistema de ideas liberador del hombre. Había sido aplicado en

- (1) En aquellos años no existía el Estado de Guerrero como entidad política independiente, pues se constituyó el 27 de octubre de 1849, con los distritos de Acapulco, Chilapa y Taxco que pertenecían al Estado de México; el de Tlaxpa, que pertenecía a Puebla y Coyuca, que era de Michoacán.
- (2) Luis González Obregón.—Prólogo a: Rimas de Ignacio M. Altamirano. Biblioteca de Autores Mexicanos. Tomo 21.—México, 1899.

el vecino país del Norte con brillante éxito. Como consecuencia del mismo, el mundo americano de habla hispana se había librado de la dominación española. Los frutos alcanzados en aquel tiempo por las doctrinas de los revolucionarios franceses aparecían como la conquista más brillante del pensamiento europeo. Eran pues, sumamente atractivas a la vista de quien se asomaba, sediento, al polifacético mundo de la cultura.

Noches enteras, según nos cuenta su biógrafo don Luis González Obregón, pasó Altamirano en la Biblioteca del Instituto, pues su dedicación poco común al estudio y su apego a los libros, lo hicieron acreedor al puesto de bibliotecario, el cual hizo que su sed de conocimientos en los diferentes ramos del saber humano se fuera saciando a través de los libros que disponía (1).

El Instituto Científico y Literario de Toluca, formado hacia pocos años, tenía su biblioteca compuesta principalmente con los libros de mayor actualidad en aquel tiempo. Por otra parte, la literatura moderna era más accesible que aquella otra que daba preponderancia al latín y usaba un estilo culteranista, oscuro y rebuscado. Esto hizo que Altamirano se aficionara por los títulos modernos de marcado sabor liberal.

• • •

Se puede afirmar, sin temor a equivocarse, que en aquel tiempo los estudios serios en México, se hallaban en decadencia. El mal venía ya desde tiempos de la Colonia, pues la educación que había estado casi exclusivamente en manos de las Ordenes Religiosas, había sufrido un fuerte golpe con la expulsión de los Padres Jesuitas en el año de 1767. Las otras Ordenes Religiosas no pudieron llevar adelante la reorganización de la educación cuando quedaron abandonados los Colegios de la Compañía de Jesús, en la Capital y en una veintena más de ciudades del interior del País. Debido a ese estado de desorganización, la clase directora de México sufrió hondamente en su formación intelectual, manifestándose ésto en la calidad de los hombres que debieron ser los guías de la Nación en el período crítico de su entrada a la vida independiente, así como en los tristes momentos en que nuestra Patria perdió la mitad de su territorio en manos del país vecino.

(1) Luis González Obregón.—Biografía de Altamirano: México, 1893.

A más de ésto, y como consecuencia de ello, las guerras internacionales y civiles se sucedieron en forma tal, que hoy nos admira la resistencia del país para no llegar a la aniquilación. Esos trastornos produjeron un ambiente de inestabilidad e intranquilidad económica y social, que son los estados menos propicios para dedicarse al estudio serio de cualquiera disciplina.

Altamirano no se pudo sustraer al ambiente general y recibió una formación deficiente. Leyó sin más orden que el dictado por su interés o la facilidad para conseguir los libros, o bien lo que era sugerido principalmente por su maestro Don Ignacio Ramírez.

"El Nigromante" era un escritor que tenía aciertos, pero era de esos hombres a quienes disgustaba prácticamente todo lo que había llegado a México a través de España, y proclamaban como ideal único el progreso de la Patria, (1) pero no el progreso entendido de una manera racional y prudente, es decir, tomar aquello que había de bueno en la tradición y adaptarlo a los problemas de la época y el lugar, sino copiar íntegramente las modernas instituciones y costumbres de otros países.

Ignacio Ramírez y los que como él pensaban, consideraban nocivo el progreso espiritual, porque retrasaba el material. Sólo así se puede explicar la actitud de los pensadores como El Nigromante en relación con aquellas instituciones que en forma laudable habían contribuido a formar la mentalidad de los mexicanos.

Nos encontramos pues, a Altamirano en el ambiente del Instituto, dirigido por otro distinguido liberal, el Lic. Felipe Sánchez Solís, dedicado especialmente a estudiar los cursos de español, latinidad, francés y filosofía.

En estos primeros años de sus estudios destacan también sus primeras composiciones literarias en prosa y en verso, junto con

(1) ...los guerreros de Granada, de San Quintín y de Lepanto, aquí se transformaron en bandidos; los sabios que en las cátedras y en los concilios europeos resucitaban la historia, aquí incendiaron sus tesoros, el clero allá quemaba a los herejes y aquí fabricaba milagros... La clase dominadora, la raza privilegiada, despojándose de su inteligencia como de una arma prohibida, se entregaba a movimientos automáticos dirigidos por el reloj de la parroquia más cercana... ¿Cómo es que donde antes se rezaba, ahora se piensa?.—IGNACIO RAMÍREZ "EL NIGROMANTE".—Discursos.—Secretaría de Educación Pública.—México, 1944.

algunos artículos publicados en un pequeño periódico que sacaban los alumnos del Instituto (1).

Cuando los vientos de la política cambiaron, fueron removidas las autoridades educativas del plantel, y entre los primeros que salieron estuvo el Lic. Ignacio Ramírez, al cual siguió el bibliotecario que para entonces empezaba a destacar también por sus ideas liberales. Sin embargo, Altamirano, digno representante de su raza y por tanto con gran firmeza de voluntad, no se amilanó ante esta primera amargura que tuvo que pasar, y empezó a dar clases de francés en un colegio particular que tenía en la propia Toluca un señor llamado Miguel Domínguez. Las inquietudes intelectuales estaban ya sembradas en su alma.

Pronto se cansó de ser un simple profesor de francés y empezó a correr a la ventura por distintas actividades entre las cuales sobresale —según las narraciones que el propio Altamirano hizo a su discípulo y biógrafo—, la de la presentación de su drama MORELOS EN CUAUTLA, el cual fué puesto por una compañía de aficionados, habiendo obtenido gran éxito el día que se estrenó (2).

Estas giras artísticas le condujeron por fin a la ciudad de México, en donde se resolvió a continuar sus interrumpidos estudios, asistiendo al Colegio de Letrán a terminar la Filosofía y los estudios de Derecho. A pesar de este propósito, aquí tampoco pudo terminar la carrera, pues la revolución inspirada en el Plan de Ayutla, encabezada por Don Juan Alvarez y algunos otros paisanos surianos, le hizo marcharse de la Capital para seguir a quienes en el año de 1854 se levantaron en armas contra el Gobierno del General Santa Anna.

Al triunfo de la Revolución, volvió al Colegio de Letrán a terminar sus estudios de Derecho, en donde el año de 1857 pronunciaba como alumno distinguido, su discurso acerca de LOS TRES DERECHOS. Esta es una de las primeras piezas oratorias que han llegado hasta nosotros. En ella se descubre ya al intelectual que habría de destacarse en las letras mexicanas y al político que

(1) Ver Capítulo IV.—La obra de Altamirano.

(2) Don Luis González Obregón, aunque no cita el lugar, cita el hecho de que al terminar la representación del drama, el público entusiasmado pedía que fuera presentado el autor, y Don Ignacio tuvo que salir de la "concha" del apuntador para agradecer los aplausos. Prólogo a: Rimas. México, 1899.

había de ser factor determinante en algunos acontecimientos nacionales.

Con las líneas precedentes hemos tratado de dar a conocer, en forma sucinta, las influencias más poderosas que llegaron al alma de Altamirano, para poder entender sus reacciones psicológicas en sus siguientes capítulos. Dejamos pues, a nuestro personaje introducido en el panorama nacional.

## CAPITULO III

### EL MARCO HISTORICO

Este marco lo haremos coincidir con la actuación pública de mirano, sin extendernos ni mucho más allá ni mucho más acá, que como marco, debe simplemente rodear el retrato de nuestro personaje para hacerlo resaltar en medio de los acontecimientos de la época.

No hemos tratado de profundizar, porque el objeto de este trabajo no es un estudio crítico de la época y porque queremos sacar nuestros esfuerzos a la pintura del personaje.

La importancia de este período histórico es enorme, pues en años que van del 1850 al 1900 más o menos, se desarrollan acontecimientos que serán fundamentales para México. Entre los acontecimientos destacan: la Guerra de Tres Años y la tentativa de implantar, por segunda vez, una dinastía imperial, a la que influyeron en la formación del país, para dar lugar, finalmente, a la dictadura de Don Porfirio Díaz, que marca la etapa del establecimiento en nuestro país, de un gobierno inspirado en los principios sociales emanados del Liberalismo.

Este medio siglo de nuestra historia se desarrolla casi todo en continuidad de una revolución tras otra.

Se ha opinado y no sin argüir muchas razones, que ese estado de anarquía se debió principalmente a la falta de dirigentes sociales. Se ha dicho que quienes actuaban como tales en la vida pública de México, en realidad eran dirigidos desde las Logias masonas por individuos las más de las veces al servicio de potencias extranjeras.

Con la atracción psicológica de ideas tales como Patria, Libertad, Democracia, se llegaba a ocupar puestos políticos de importancia, usando como palanca aquellas sociedades secretas o clubes. Eso, además, era una tarea considerada como heroica, en favor de la nueva nacionalidad que trataba de formarse (1).

A manera de ejemplo, escribe Ignacio Ramírez en uno de los párrafos de una carta a Fidel, (2) fechada en Mazatlán en noviembre de 1863: "El cerro del vigia contiene una mina; uno de los dueños se alarmó con la noticia de la aproximación de los franceses, y me ofreció dos, tres, diez, las veinticuatro barras por un caballo flaco; no tenía yo otro para salvarme y también estaba alarmado; rehusé; pero si a mi vuelta puedo realizar el negocio, tú serás mi socio aviado y nos emanciparemos de ese eterno D. Benito" (3).

Una consecuencia natural de aquel caos político era la existencia de una situación similar en materia educacional e intelectual.

Ya hemos visto cómo Altamirano fué víctima de la política, que reflejaba sus vaivenes en las instituciones educativas y así como el Instituto Científico y Literario de Toluca, los demás planteles educativos del país, cambiaban sus directores según la ideología de los gobiernos; y eran disueltos, clausurados o bien reorganizados por la facción en el poder.

La consecuencia más grave de ésto, fué la falta de hombres de sólida conciencia, de principios firmes, que pudieran hacer frente a las situaciones críticas.

Una prueba de ello está en que, del periodo que va de la Independencia a la guerra con los Estados Unidos, ni siquiera se perseguía a los enemigos con firmeza, y aunque las revoluciones se sucedían una a otra, se olvidaba pronto lo que se había pensado. Sólo así se explican casos como el del Gral. Antonio López de Santa Anna, el cual fué más de una vez desterrado, y antes de que

(1) ...los valientes harán lo que puedan por las glorias de la patria; y no sé en qué rincón se formará un club conspirando contra todo el mundo.—Cartas del Nigromante a Fidel, Mazatlán, febrero de 1864.—Sria. de Educación Pública.—Méx. 1944, Pág. 87.

(2) Seudónimo empleado por Don Guillermo Prieto.

(3) Cartas del Nigromante a Fidel.—Mazatlán.—Noviembre de 1863. ib. Pág. 85.

pasara un año, le llamaba alguno de los Partidos para que fuera Presidente de la República.

Después de la derrota de 1847, la mentalidad fué evolucionando poco a poco y la preocupación política, que en un principio se dirigía solamente a las formas de gobierno, ya fuera centralista o federalista, se interesó por los principios políticos fundamentales. Esta preocupación se acentuó y se presentó —en algunos— como una tendencia a volver a la Monarquía, en un afán de salvar al país de la anarquía en que había vivido. Tal manifestación política suponía, como consecuencia, en aquellos días, el rechazar las ideas liberales para implantar una monarquía de tipo conservador. Sin embargo, los dirigentes de ambos bandos, eran en el fondo liberales, pues cuando se decidió el Partido Conservador a hacer venir a un monarca, trajeron precisamente a uno de ideas liberales, que no hizo sino continuar la obra de los que aparentemente eran sus opositores, patrocinado por el Emperador Napoleón III, de ideas igualmente liberales.

Si ésto sucedía en la política, en el campo de la educación existía una situación semejante. Las ideas no siempre eran precisas, pues el conservador se presentaba como una especie de neoclásico y el liberal de romántico. Y cuando los conservadores, en el campo de la literatura y de las ciencias, querían volver sus ojos a lo tradicional, a lo español, se encontraban con que la misma España había ya perdido su predominio, y había vuelto los ojos, precisamente a Francia.

Por su parte los liberales, copiaban directamente los modelos franceses no sólo en ideas, cosa que hubiera sido muy explicable, sino en la forma y en muchos giros del lenguaje. Y junto a esa actitud, queriendo ignorar la tradición española, buscaban la poesía en las formas y paisajes del México precolonial (1).

En esa misma época es cuando se presenta como un gran empeño el revivir lo indígena, pero revivirlo de tal manera que ni los mismos naturales lo hubieran reconocido, pues se le presentaba con mentalidad europea y cristiana, despreciando los beneficios traídos a las razas aborígenes por quienes trataron de elevarlos en su nivel de vida, dándole un sentido más elevado a

(1) ...la sabiduría nacional debe levantarse sobre una base indígena.—Ignacio Ramírez.—ANTIGUEDADES MEXICANAS.—Noviembre de 1868. Ib. pág. 56.

la existencia que llevaban la mayoría de aquellos pueblos. Así muchos escritores del Siglo XIX no comprendían la misión realizada por los colonizadores españoles y la tomaban como una manifestación carente de fondo, como una moda sin trascendencia (1).

## LAS INSTITUCIONES EDUCATIVAS

Para el marco histórico referido a las instituciones educativas de esta época, tomaremos solamente las de educación superior, principalmente la Universidad de México.

La Universidad en este período desaparece y se reorganiza al conjuro de los acontecimientos políticos del tiempo y así, nuestra actual Universidad Nacional Autónoma, heredera más o menos legítima de la Real y Pontificia Universidad de México, pasó por una serie de sobresaltos que marcan al mismo tiempo la mentalidad de los gobernantes en turno.

Después de casi trescientos años de vida académica, que empiezan en el año de 1553, sufrió la primera supresión por parte del Gobierno de Don Ignacio Comonfort. Al ser sucedido en la Presidencia de la República por Don Félix Zuloaga, éste restauró la Universidad imprimiéndole el carácter de Nacional y Pontificia. Pero desde el año de 1858 se sostuvo sólo durante el período de la guerra de Tres Años, al fin de la cual, y con el triunfo nuevamente del Partido Liberal, el Presidente de la República, Don Benito Juárez, dispuso su clausura el 23 de enero de 1861. Fue nominalmente abierta a la entrada de las tropas francesas en la Ciudad de México, pero en el año de 1865, el 30 de Noviembre, fué clausurada en forma definitiva por decreto imperial de Maximiliano.

Con esto quedó México como el único país del Continente

(1) ... Ese dominio es tal (el de la población indígena) que la lengua misma de los españoles fué influida al grado que no puede llamarse castellana allí, pues sobre cien palabras que un habitante de origen español pronuncia, cincuenta son aztecas y cincuenta españolas... En aquella tierra "las flores se suceden a las flores" principio a las tradiciones de la religión antigua, y a pesar de que han conservado hasta hoy las costumbres íntimas de la raza azteca, una vez convertidos al cristianismo han abrazado sus principios y aceptado sus dogmas con el ardor febril de las organizaciones sacerdotales.—I. M. Altamirano. *La Semana Santa en mi Pueblo*.—Aires de México, págs. 125 y 127.

Americano que no contaba con una Universidad, cuando con todo derecho podía reclamar el título de haber sido el primer país de América en que se fundó una Universidad.

Con el ejemplo de la Universidad de México, podemos colegir la suerte que corrieron las demás instituciones educativas del país, las cuales eran objeto de cambio total de su orientación según los vientos políticos que soplaban. La Universidad de Guadalajara, corrió una suerte parecida a la de México, pues también tuvo sus diversas clausuras y reaperturas. Por lo demás, los Colegios, entre los cuales destacaban en la Ciudad de México, el de San Ildefonso y el de San Juan de Letrán, estuvieron igualmente influidos por las ideas del partido triunfante.

Por otro lado las Academias científicas, trabajaban con una vida más o menos raquítica, y no fué sino hasta que se asentó el gobierno de la Dictadura de Díaz cuando empezaron a florecer, impulsadas por los hombres que se encontraban más preparados en aquel momento en que terminaba la anarquía (1).

## LA IGLESIA CATOLICA

Hemos de hablar, aunque sea brevisamente de la situación de la Iglesia en el marco histórico que estamos reseñando, pues no puede negársele la importancia que siempre ha tenido en países formados por España, así como por las relaciones que tiene con el tema general de este trabajo.

Al hacerse la Independencia, la Iglesia como institución se vió en grandes dificultades, debido principalmente a la influencia que tenían en Roma los Reyes de España. Pero ya confirmada la Independencia, y debido a gestiones particulares, pues las oficiales nunca se hicieron, se pudo restablecer la Jerarquía en México, logrando la Iglesia permanecer firmemente organizada, mientras todo el país se sumía en la anarquía.

Dentro de la Iglesia, las Ordenes Religiosas tenían a su cuidado, principalmente la educación elemental, y ésta se podía sostener gracias al patrimonio con que contaban; pero cuando fueron

(1) Antes de 1890 funcionaba solamente la Academia Mexicana de Geografía y Estadística y algunos años después se formaron las de Medicina y la de Ciencias y Literatura. De esta última Don Ignacio Altamirano, fungió como Secretario y Vicepresidente.

promulgadas las Leyes de Reforma, por medio de las cuales quedó suprimido el derecho que tenían las Corporaciones de poseer bienes raíces, las escuelas que sostenía la Iglesia que en su mayoría eran para gente de escasos recursos, se vieron en la necesidad de cerrar sus puertas o de cambiar su régimen económico. Aquellos fondos que se dedicaban a sostener centros escolares, orfanatorios, hospitales e instituciones de beneficencia pasaron a manos de gente que no los utilizó para esos fines, y vino como consecuencia lógica la desorganización de gran parte del sistema educacional y económico de México (1).

## LA POLITICA

Por lo que se refiere al otro aspecto fundamental de este marco histórico, lo podemos dividir en dos periodos que los historiadores delimitan claramente. Uno va de 1821 a 1867 el cual se caracteriza por las sucesivas guerras civiles, peleando ya sea centralistas contra federalistas, ya un gobierno exaltadamente radical y reformador, con un conservador y tradicionalista; caracterizado también por las intervenciones extranjeras en las cuales la victoria pocas veces sonrió a las armas mexicanas, y en general por un estado de intranquilidad y de zozobra en todos los aspectos de la vida de la sociedad y del individuo, que son estados adecuados para las improvisaciones, y más tratándose del espíritu mexicano, tan propicio a ellas por inclinación natural.

El segundo periodo, de 1867 hasta el fin del Siglo, lo constituye el afianzamiento en el poder de los hombres del Partido Liberal. Con esto, los diferentes sectores de la sociedad se organizan de acuerdo con esta doctrina, y sociedades como la Iglesia, que no podían transigir con los errores escondidos bajo las ideas liberales, buscaban la forma de eludir aquellas legislaciones que prácticamente trataban de eliminarla.

Por lo demás, las leyes no se hacían como la emanación de un cuerpo legislativo, sino por un sistema de dictadura en la cual, los que debían representar al pueblo, eran nombrados por el Presidente de la República. Aunque existían instituciones traducidas

en leyes, en la realidad no eran sino fórmulas. El sistema de gobierno era el de un solo hombre, que ocupaba el Poder ejecutivo, y los demás organismos de gobierno hacían lo que él mandaba, pues los personajes políticos eran colocados en aquellos puestos por indicaciones del propio Jefe del Ejecutivo (1).

Este sistema que a la postre llegó a hacerse odioso, fué el que en un principio pudo librar al país de la anarquía. Sin embargo, el espíritu cívico del pueblo fué completamente anulado: La voluntad de un hombre hacia y deshacia en el país, ignorando a los cuerpos legislativos que se habían creado al amparo de las doctrinas de la libertad.

Estas son en visión sintética, en bien a la brevedad, las condiciones en que se movió nuestro personaje. En un ambiente así, era prácticamente imposible que se desarrollara en México un trabajo profundo en materia de educación e investigación, con la consecuencia natural de que los hombres que se formaron en este periodo resultarían con más amor a la baja política y a la guerra civil, que no a la verdad.

A esta época en que todos los valores de México hicieron crisis, pero muy notablemente los educativos, corresponde la formación de Don Ignacio. Por ello podemos suponer que a su acervo intelectual le faltó proceso de maduración para adquirir una cultura estructurada y sólida que quitara lo inservible y afirmara los valores adquiridos.

Altamirano, hay que suponer si él mismo no lo confesara, fué un autodidacta que supo asimilar brillantemente las doctrinas que en su tiempo eran las más accesibles, pero que no supo aglutinar las materias que habían sido patrimonio de la cultura de otros tiempos.

Además, se puede sospechar que la cultura de Altamirano no fué bebida en las fuentes originales, —su vida agitada no le dió tiempo para ello—, sino que la adquirió a través de las obras de vulgarización de ese falso humanismo de los autores franceses revolucionarios.

(1) Ver Bravo Ugarte José.—HISTORIA DE MEXICO.—Editorial Jus.—México, 1948 y Larroyo Francisco.—HISTORIA COMPARADA DE LA EDUCACION EN MEXICO.—Editorial Porrúa.—México, 1947.

(1) Ver Vasconcelos José.—BREVE HISTORIA DE MEXICO.—Editorial Polis.—México, 1944.

## CAPITULO IV

### LA OBRA DE ALTAMIRANO

La obra de don Ignacio debe considerarse bajo dos aspectos principales ya que él mismo así lo hizo. El primero, como político que sigue una carrera más o menos azorosa; el segundo como literato. Sin embargo, no podemos hacer una división tajante, sino sólo en su aspecto descriptivo, ya que a lo largo de su carrera de político formó gran parte de su personalidad como escritor, pues al calor de las batallas en las cuales tomó parte activa, escribió proclamas y manifiestos y pronunció discursos para entusiasmar a sus partidarios.

### PUESTOS PUBLICOS

Como político lo vemos destacar desde el año de 1861 en que es nombrado Diputado al Congreso Nacional. En ese período pronuncia algunos discursos que son los más virulentos de toda su producción, pues aunque nunca perdió esa característica, este período aparece como el más apasionado. Es explicable, pues estaba en plena juventud —27 años— y porque había sufrido por la causa que defendía los desvelos e incomodidades de una campaña militar. Así en el discurso que pronuncia contra un proyecto de amnistía relativo a la Guerra de Tres Años, vuelca todo el fuego de su oratoria contra sus enemigos políticos. Hacía medio año que la guerra había terminado con la derrota de los Conservadores, y se hacía necesario buscar la unificación del país. Pero Altamirano juzga que el delito cometido no tiene perdón y arguye así: “¿se trata de perdonar delitos políticos leves?

No; se trata de perdonar un crimen, el más grande de todos, el de *lesa nación*" (1).

El crimen de "*lesa nación*" consistía en haber peleado en el partido que había perdido la guerra civil.

Todavía al día siguiente reafirma su posición diciendo que se le ha culpado de pronunciar palabras de "horrorismo y guillotina", pero refiriéndose a algunos de los vencidos dice: "¡Dios los libre de que cayeran en mis manos! Soy un hombre completamente inmaculado; pero concibo que no habrá paz sino acabando con los revoltosos" (2).

Esta falta de equilibrio y serenidad humanas eran consecuencia del optimismo y la energía de su juventud, pues seguramente el novel diputado creía que al conjuro de su palabra el mundo podría cambiar de modo de ser. En estilo parecido siguieron sus intervenciones en la Cámara de Diputados, mientras duró aquel Congreso que tuvo que disolverse debido a los acontecimientos políticos posteriores, que consumaron la Intervención Francesa.

Aunque Altamirano fué un activo militante del Partido Liberal, uno de sus más fieles defensores, no llegó a ocupar grandes puestos políticos, quizás por su carácter excesivamente violento que le hacía acarrear enemistades, las cuales en la "política", sobre todo en la mexicana, han sido siempre las que más "votos" restan en las elecciones.

Habiendo tomado parte activa en la lucha militar contra la Intervención Francesa, le fué conferido el nombramiento de Coronel de Infantería, el día 12 de octubre de 1865.

Entre otros puestos que desempeñó estuvo el de Fiscal de la Suprema Corte de Justicia, en el año de 1868, así como la comisión que se le encargó, de formar las bases orgánicas de la Escuela Normal de México.

Después, y como ha pasado siempre en México con personajes que tienen alguna autonomía de criterio, pero que han sido útiles a las revoluciones, cuando éstas se han convertido en gobierno,

(1) Intervención en la Cámara de Diputados al discutirse el dictamen sobre un proyecto de Ley de Amnistía. Sesión del 10 de Julio de 1861.—Obras Completas de Altamirano.—Tomo I pág. 22.—Sra. de Educación Pública, 1949.

(2) Ib. Sesión del 11 de Julio de 1861.

suele enviárseles a algún puesto en el extranjero. Así nos encontramos que Altamirano fué nombrado Cónsul de México en Barcelona y, tres años antes de su muerte, lo encontramos encabezando el Consulado de México en París.

Por lo visto, la obra de Altamirano como político, es más bien de orientador, cargado casi siempre al lado de las ideas extremas de su partido, pero sin llegar nunca a ocupar puestos de gran importancia.

## ORADOR Y LITERATO

Unida a su obra como político se encuentra una parte considerable de su obra como orador. Son muchos los discursos que pronunció en ese tiempo y tienen gran acopio de ideas románticas. Esas piezas oratorias, sin embargo han servido de modelo para los discursos cívicos de muchos años después. Los que se han conservado impresos son alrededor de setenta, de diferente extensión.

A través de ellos se puede, mejor que de otra manera, conocer la personalidad de Altamirano. Son, además, reflejo claro de la época que le tocó vivir, y en ellos se ve a don Ignacio enfrentarse a los problemas que se planteaban en aquellos tiempos.

Su oratoria es ampulosa, llena de citas de nombres griegos y latinos, haciendo acopio de erudición que nos refleja ese gusto de la época en que se pretendía volver hacia los modelos clásicos, sin lograr renovarlos y actualizarlos, y que sólo servían para impresionar auditores que muchas veces carecían de la instrucción necesaria para comprender el sentido de esas citas.

Aunque sus discursos nos hagan comprender mejor la personalidad de Altamirano, no es ciertamente la parte de mayor valor, pues son muy escasas las piezas oratorias que están compostas serenamente. La pasión de su alma suriana, invadía todo su ser cuando subía a la tribuna.

• • •

En donde la personalidad de Altamirano se manifiesta también con fuerza, y a la vez expresa un pensamiento más elaborado, es en su obra como periodista.

En la obra escrita que nos dejó, encontramos dos etapas bastante bien marcadas, la primera corresponde a su vida de militar, que viene a terminar hacia el 1868, y la segunda en la cual se convierte principalmente en un hombre de estudio. Nunca, sin embargo, dejó de ser un escritor de combate.

Don Ignacio fué un batallador del periodismo. A través de los artículos publicados en periódicos fundados por él o por sus amigos se descubre su pensamiento, más vigoroso que original, como manifestación de su personalidad.

Desde su primera juventud, al amparo del Instituto Científico y Literario escribía, como hemos dicho, algunos artículos y versos, en el periódico LOS PAPACHOS, que publicaban los alumnos en la Ciudad de Toluca (1).

Al partir hacia el Sur, a combatir durante la Guerra de Tres Años, fundó un periódico llamado EL ECO DE LA REFORMA, a través del cual realiza su propósito que era, —según su biógrafo—, el de atacar al clero (2).

Posteriormente, en el año de 1887, en unión de Ignacio Ramírez y Guillermo Prieto, fundó el periódico llamado EL CORREO DE MEXICO, y algunos meses más tarde, cuando ya el ambiente político se había apaciguado con la consolidación del Partido Liberal, fundó la Revista llamada EL RENACIMIENTO, nombre que se debía, según se lee en el número inicial, a que serviría para unir a todos los que cultivaban las bellas letras, cualquiera que hubiere sido el bando a que pertenecieran, lo cual lograría —dice el Editorial—, un renacimiento en la literatura nacional (3). El comienzo de esta revista fué bueno, pero después de algunos números fracasó económicamente.

El afán de difundir sus ideas le llevó todavía a fundar un periódico más titulado EL LIBRE PENSADOR, en el cual lograría dar salida a sus fobias y decir las con todas sus letras a aquellos que consideraba enemigos de la Patria. Allí esgrime toda clase de argumentos contra la Iglesia Católica y sus instituciones, las cuales seguían viviendo pese a los esfuerzos realizados para acabar con ellas. Algún periódico contemporáneo reconocía a EL

- (1) Luis González Obregón.—Biografía de Ignacio M. Altamirano.—Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística.—México, 1893.—Pág. 15.
- (2) *ib.* pág. 18.
- (3) El Renacimiento I. 1.

LIBRE PENSADOR, como la voz oficial de las Logias Masónicas de México (1).

Sin embargo, donde Altamirano realizó una labor periodística más seria, aunque nunca está ausente la pasión, fué en EL FEDERALISTA, en el cual escribió un conjunto de artículos titulados BOSQUEJOS, de marcado sabor político, a través de los cuales atacaba siempre a sus enemigos ideológicos.

Por otra parte, en su Revista EL RENACIMIENTO, publicó varios escritos a los que llamó CRONICA DE LA SEMANA, comentando los acontecimientos más notables. Estas crónicas aparecieron en todos los números de la revista y los tópicos tratados se refieren a escritores, obras, fiestas, pintores, músicos, instituciones y en general a los acontecimientos sociales de la Ciudad de México.

También estuvo a su cargo en EL SIGLO XIX, una sección llamada CRONICA DE TEATROS, la cual, según comentarios de la época era bastante leída, pues estaba escrita con propiedad y aún con cierta elegancia.

Otra de las secciones que tuvo a su cargo fué la llamada CORREO, en la cual trataba principalmente temas políticos del momento. Sus colaboraciones con este rubro, se publicaban especialmente en LA REPUBLICA. Finalmente escribía otra sección que se llamaba REVISTA DE LA SEMANA, de la cual publicó algunas en EL LIBRE PENSADOR y la mayoría de éstas en EL SIGLO XIX.

Además de estos escritos, publicó una gran cantidad de artículos que se encuentran diseminados en los periódicos de aquella época, tales como EL MUNDO, EL MONITOR REPUBLICANO, EL ARTISTA, LA TRIBUNA y otros de menor importancia, en los cuales su tema favorito eran los problemas políticos.

\* \* \*

Pero Altamirano no sólo escribió artículos y pronunció discursos; compuso también algunos comentarios más o menos acertados acerca de lo que algunos escritores de su tiempo publicaban. Estos comentarios los encontramos en varios prólogos que hizo para algunas novelas de sus amigos como Riva Palacio y Manuel

- (1) La Voz de México.—Cartas a Fausto.—Febrero 15 de 1871.

M. Flores, en los cuales se nos presenta Altamirano como un personaje de pensamiento ya maduro. Respecto a otra clase de escritos, tenemos noticia de una biografía de Ignacio Ramírez "El Ni-gromante", al cual había conocido muy de cerca y a quien consideraba como su maestro (1).

Lo mejor de su obra literaria, a nuestro modo de entender, son sus novelas y sus descripciones cortas. En estas últimas encontramos los sentimientos más sinceros de Altamirano expresados con belleza y sencillez de lenguaje. Al leer su **NAVIDAD EN LAS MONTAÑAS**, aparece un Altamirano diferente del que conocíamos a través de sus discursos y artículos periodísticos. En ese trabajo se remonta a los recuerdos de su niñez —antes de que los compromisos pesaran sobre él— y borda con dulce estilo la belleza de las montañas y los buenos sentimientos de las almas. Parece ser que nos encontraríamos al Altamirano que siempre debió ser, al humano, que comprende las diferentes maneras de pensar y que goza conviviendo con aquellos que son sencillos de alma. La frase evangélica de "Paz a los hombres de buena voluntad" parece influir poderosamente en el relato de **NAVIDAD EN LAS MONTAÑAS**.

Sus otras novelas y narraciones costumbristas son también modelo de bien escribir. En ellas se encuentran personajes que viven sentimientos nobles, que reaccionan ante los buenos impulsos como hombres que pueden entenderse y convivir, a pesar de las diferencias que en algunos momentos los separen.

En su novela **CLEMENCIA**, que es una de sus mejores obras, encontramos también un Altamirano que urge los espíritus y las conciencias y va descubriendo ricas vetas de nobles sentimientos. En **CLEMENCIA** se observan rasgos de lo que tal vez, quiso hacer de su propia vida. Uno de los personajes masculinos de la obra parece describir muchas de las características del soldado suriano que recorría el país en los campos de batalla. Fernando Valle, que así se llama el personaje, se nos presenta como un tipo físicamente feo, que sufre incontables desdichas que le conducen, al final, a recibir tan sólo el castigo que a otros correspondía. En cuanto a los otros personajes de la novela, son caracteres bien trazados, y la trama nos va dando amplia noticia de lo que fué la Intervención Francesa que sumió al país en larga guerra.

(1) Biografía de Ignacio Ramírez por I. M. Altamirano.—Tip. de la Secretaría de Fomento. Folleto No. 8.—México, 1889.

En otra novela, **EL ZARCO**, Altamirano revela sus cualidades de costumbrista observador que comprende y critica los defectos de nuestras autoridades municipales, a la vez que alaba esa característica del mexicano que sabe unirse para defender la justicia cuando es violada por la autoridad y ésta no se identifica con sus súbditos.

En estas obras, Don Ignacio hace un brillante esfuerzo por comprender y captar los modos de ser peculiares de los mexicanos y los presenta por medio de sus personajes tomados de la vida real. Tienen reacciones y sentimientos diferentes a aquellos llenos de fobias que nos presenta en sus escritos políticos. Y así como Altamirano siempre que podía hacia gala de su aversión al catolicismo, el personaje central de **CLEMENCIA** no lo puede crear, —sin fugarlo de la realidad— llegando a la muerte, más que como un cristiano que exclama: "Ahora deseo recogerme un instante; tengo que rogar a Dios que me perdone mis faltas y que fortalecerme con la idea de que en la otra vida no sufriré como aquí".

Quizás por este carácter de realismo que imprime a los personajes de sus novelas, es por lo que la obra puramente literaria de Altamirano es la que más se aprecia y la que ha perdurado a través del tiempo.

Además de sus obras en prosa, existe una robusta producción de poemas en los que Altamirano tiene algunos aciertos. Uno de los más notables es el titulado **EL DIVINO REDENTOR**. Tiene otro poema llamado **EL ATOYAC**, dedicado a Don Vicente Riva Palacio, que fué publicado en **EL RENACIMIENTO** en el año de 1864. Existe además una colección bastante grande entre los que destacan: **EN EL ALBUM DE UN ARTISTA**, **LA SALIDA DEL SOL** y un libro titulado **RIMAS**, dividido en tres partes, la primera **A ORILLAS DEL MAR**, la segunda **A UNA SOMBRA** y la tercera **CINERARIAS**, cuya primera edición se publicó en el año de 1871 en un volumen de 130 páginas.

Se conservan también algunas obras inéditas, entre ellas la novela **ATENEA**, así como otros escritos de este mismo tipo a los cuales tituló: **LA CONDESA DE CALDERON**, **LAS GALEANAS** y **MARCOS PEREZ**.

Aparte de la obra que Altamirano nos dejó escrita, tuvo otras actividades culturales entre las cuales destaca su labor como catedrático en diversas materias, así como organizador de los planes de estudio de la Escuela Normal de Maestros.

Respecto a las cátedras que ocupó, tenemos noticia de la de Derecho Administrativo en la Escuela Nacional de Comercio, en la Escuela Nacional Preparatoria y en la de Jurisprudencia dictó las de Historia General, Historia de México, e Historia de la Filosofía. Finalmente en la Escuela Normal tenía a su cargo las materias de Lectura Superior y las de Historia Universal y Patria.

Es quizás por estas actividades por lo que se le ha aplicado el sobrenombre de Maestro, y en la actualidad existe un premio consistente en una medalla con su nombre, que se otorga a quienes se han distinguido por su labor educativa.

A pesar de que su actividad como profesor fué intensa, no se conoce, o al menos no existen publicados apuntes relativos a las materias de que se ocupó, excepción hecha de algo de Historia de México, escrito con bastante apasionamiento. En el libro Historia y Política de México, arremete Altamirano contra algunos hombres públicos de su tiempo, y los presenta de manera diferente de como lo han hecho historiadores posteriores. Sin embargo, su lectura es interesante porque nos describe diversos personajes pertenecientes al Partido Liberal, de una manera bien distinta de como los han descrito algunos otros escritores que han tratado de la historia del México independiente. Su relato va solamente del año de 1821 al de 1882, que fué el año posterior al de su publicación, contando por lo mismo, con serias dificultades para juzgar serenamente.

\* \* \*

Con los datos anteriores hemos tratado de introducir al lector en el conocimiento general de Altamirano. Sabemos que ni el capítulo referente a los datos biográficos ni el de la obra de Altamirano, ni mucho menos el marco histórico son exhaustivos, ni pretendían serlo; pero sí dan una idea general del personaje y del medio que le rodeaba, para en las páginas subsecuentes podamos enfocar hacia los ángulos que nos parezcan más importantes del estudio que nos hemos propuesto.

## CAPITULO V

### IDEAS RELIGIOSAS EN EL POLITICO

El estudio del problema religioso en Altamirano presenta diversas cuestiones, a las cuales procuraremos contestar apoyados en los textos de sus discursos y artículos periodísticos, a través de los cuales Don Ignacio expresaba su pensamiento político frente a determinadas circunstancias y por medio de los cuales orientaba a su partido y al pueblo.

En su actuación política distinguiremos dos fases, más o menos bien marcadas: la política interior en general, y la política educacional, que separamos —aunque podría quedar incluida en la primera— dada la importancia que tiene en sí y la que Altamirano le concedió.

No hemos podido sistematizar su pensamiento en una especie de ideario político, pues a más de que no ha sido nuestro propósito estudiar integralmente a Altamirano como político, aparecen algunas contradicciones en sus escritos, muchas de ellas irreducibles, como se verá en este mismo capítulo. Estudiamos la posición política de nuestro personaje, en relación con el Cristianismo, con la Iglesia Católica y con los hombres y organismos de la misma Iglesia en México.

Su actitud frente a la Iglesia Católica y sus instituciones se encuentra a lo largo de sus discursos políticos pronunciados en la Cámara de Diputados, de la cual formó parte dos veces, y en las celebraciones patrias, de las cuales parece que era orador oficial obligado, pues se han conservado gran número de textos de ellos,

en ocasión casi siempre de la fiesta de la Independencia, el 16 de septiembre y en la conmemoración de la batalla del 5 de mayo.

Su primer discurso de cariz político que se conserva, es el pronunciado en su ciudad natal —Tixtla— el 16 de septiembre de 1857, (1) por encargo de la Junta Patriótica, en el cual dice haciendo referencia a la Conquista de México y comparando la situación con la Revolución de Ayutla:

"El Evangelio de Jesús convertido en código de guerra y exterminio, como hoy; la cruz santificando la espada, como hoy también".

Más adelante del mismo discurso añade:

"El Partido Liberal es el verdadero observador del Evangelio, tal como lo predicó Jesús, y no tal como lo enseña un sacerdote lleno de ambición y de siniestras miras. Los que creen que el progreso está reñido con el cristianismo tienen ojos, como decía Cristo, y no ven; tienen oídos y no oyen, porque la democracia es la emanación más pura y más legítima de aquella doctrina que elevó a dogma la fraternidad humana".

Y después agrega: "el clero combate por la conservación de sus riquezas y santifica sus matanzas porque las sella con el nombre de Dios. Después del asesinato, la blasfemia; ¡la cruz en el puñal fratricida! He aquí su programa de siempre, pero particularmente ahora" (2).

Como se ve, aquí Altamirano ataca al Clero, a base de recursos oratorios, y por otro lado hace aparecer a su partido, al Partido Liberal, como el auténtico seguidor de las enseñanzas de Cristo y por lo tanto, el que tenía la verdad y debía ser seguido por el pueblo.

Cuatro años más tarde, en un discurso pronunciado en el Congreso, al intervenir en una discusión, el 7 de septiembre de 1861 (3) dice: "¿Y el clero? Insolente, favoreciendo cada día más a la reacción, tramando conspiraciones en sus clubs tenebrosos; y lo que escandaliza más, obteniendo del gobierno concesiones tímidas, como la devolución del convento de Santa Brígida a las monjas".

(1) Obras Completas.—Tomo I pág. 13.

(2) Ib. Ib.

(3) Ob. Cit. Pág. 41.

Ese mismo año y mes, en un discurso titulado "Democracia y Libertad", pronunciado en el Teatro Nacional la noche del 15 de Septiembre (1) dice:

"antes que los aventureros españoles nos trajeran a sus frailes y a sus verdugos, ya el pueblo mexicano sufría la opresión de sus reyes autócratas y de sus teopixques sanguinarios. Al sanguinario Huitzilopochtli sucedió la sanguinaria cruz que el Padre Olmedo plantó sobre un montón de cadáveres y cenizas".

"¿Qué Civilización habían de traer los que tenían en España un Jiménez de Cisneros, que hizo quemar las riquezas científicas de los Arabes; los que tenían en México un Zumárraga que hizo quemar las riquezas científicas de los aztecas!"

Más adelante agrega:

"El siglo XIX no es el siglo XV: la Francia nos enseñó el camino en 93, y su ejemplo contagia al mundo ya: el pueblo hace temblar al Papa en el Vaticano: el viejo catolicismo de los frailes agoniza".

"Pronto imperará en toda su plenitud la democracia evangélica. Si, nosotros realizaremos el puro, el santo, el divino liberalismo religioso, tal cual lo concibiera el virtuoso hijo del carpintero de Nazareth".

Para llegar al final de su discurso agrega lo siguiente:

"... se está llamando Reforma a lo que no es sino puramente destrucción. Destrucción de edificios monacales, destrucción de capitales del clero. Sin embargo, cuando yo considero que esta destrucción era hace algunos años una utopía que se anatematizaba, yo admiro a los demoleedores, yo canonizo a los que han arrebatado los bienes del clero, porque al menos juegan su cabeza por la libertad" (2).

Como se ve, la exaltación de su discurso le hace, por un lado decir que el Partido Liberal es el único que practica la "democracia evangélica" y por otro alaba la destrucción de la estructura social que estaba asentada, primordialmente en las bases del Cristianismo.

(1) Ob. Cit. pág. 49.

(2) Ib. Ib.

Un año más tarde, en un discurso en la Alameda de México, expresa este párrafo, que se puede comparar con el anterior:

“¿Quién era Hidalgo? Un pobre sacerdote sin más elementos que su valor y su abnegación, sin más compañeros que los infelices indios de su curato, sin más armas que el sentimiento de la libertad”.

Esto es que, por una parte, Altamirano alababa la destrucción de los “capitales del clero” y por otro nos presenta un cura de pueblo —Don Miguel Hidalgo— el cual no tenía más elementos que “su valor y su abnegación”.

Sin embargo, no cesa en sus ataques sistemáticos a las Instituciones de la Iglesia Católica, aún sin conocer a fondo el asunto que se trataba. Así, anotamos que en una breve intervención en la Cámara de Diputados, el 22 de octubre de 1861 (1) dice el diputado Altamirano:

“Con la palabra CONGREGACIONES me basta. Ya verá el que lo duda cómo tal congregación está comprendida en la ley de los Paulinos. Estos no son más que los jesuitas con la careta de San Vicente de Paul, el jesuitismo disimulado. Nada más grave que la educación de la juventud que tienen a su cargo, según sus instituciones; estoy, pues, en contra de ellos, como lo estoy contra las monjas, cuya excomunión pediré más adelante, y sobre todo estoy contra los frailes gachupines”.

Más tarde pronuncia en la ciudad de Acapulco, el 5 de mayo de 1865, un discurso en el que externa la siguiente opinión:

“Los otros son obispos. Estos miserables que han hecho del Divino Crucificado un ídolo sangriento, un vampiro, no diferente de aquel a cuyos pies el teopixque ofrecía el humeante corazón de las víctimas humanas, han vuelto a su patria trayendo en su mano el estandarte de la Iglesia con un signo más negro todavía que el de la tiara, que significa oscurantismo, más odioso todavía que la cruz verde del Santo Oficio, que significa intolerancia... es el puñal de la traición que significa parricidio, sacrilegio y algo más, que el vocabulario del crimen no expresa y que la lengua no atinaría a repetir. Pero ahora estos sacerdotes murmuran palabras de maldición, ocultos en las anchas sombras de las catedrales aún desnudas, hoy derraman lágrimas de rabia al mirar sus viejos nidos

(1) Ob. Cit. pág. 69.

derrribados por la zapa de la Reforma o transformados por la mano de la Economía, hoy se cubren de ceniza los cabellos al encontrarse todavía frente a frente de la institución elevada en México por la mano del partido puro: la libertad de cultos” (1).

El concepto de libertad total en materia de cultos, predicada por los pensadores liberales franceses, se presentaba claramente en estas ideas de Altamirano. La lucha contra la autoridad en materia religiosa y la destrucción de los edificios de culto, los cuales eran parte del tesoro cultural de México, con objeto de ver disminuido el poder de la Iglesia Católica, eran remedo de la conducta seguida en Francia en la época de la Revolución.

Junto a esas críticas a las autoridades e Instituciones de la Iglesia Católica, Altamirano defendía en materia política, el punto de vista opuesto al sostenido por ella, aún cuando no estuviera totalmente de acuerdo con la tesis contraria. Así encontramos que en un artículo de la sección llamada GACETILLA, escrita en “El Federalista” (2) de México, el 15 de mayo de 1871, dice:

“La simpática “VOZ” (era un periódico de ideas católicas) al contestar a nuestro párrafo “Cero y van tres” dice que los misioneros protestantes están subvencionados por el gobierno de una nación poderosa que tiene malas miras con respecto a nosotros. Este gobierno no puede ser otro que el de los Estados Unidos y la Voz supone que quiere preparar la anexión conduciéndonos primero al protestantismo”.

Continúa Altamirano:

“Los Estados Unidos cuando se apoderan de un territorio sustituyen por todos los medios posibles a los antiguos habitantes con otros salidos de la masa de su población: ¿creéis que una nación que hoy tiene cuarenta millones y un territorio bastante para contener otros, se desprenda de veinte millones para poblar nuestro país? ¿Además, de qué serviría gastar su dinero para hacer protestantes a nuestros indios, si los habían de sustituir con otros moradores?”.

“Como veis, es una calumnia que ningún resultado puede dar”.

“En cuanto a que los protestantes son ricos y los católicos pobres, hay una reflexión que hacer. ¿De qué les sirven entonces a los últimos el famoso centavo de la Virgen de Guadalupe, las

(1) Obras completas, Secretaría de Educación Pública México, 1949. Tomo I, pág. 70.  
(2) Colección de la Hemeroteca Nacional.

colectas que hacen multitud de personas, los alivios de penas de almas del purgatorio, etc.?"

"Nosotros conocemos protestantes mucho más pobres que el más infeliz de los católicos, y sin embargo se sacrifican por propagar sus ideas de un modo racional, por la prensa y la palabra; pero profundo en sus creencias religiosas y no lo han tomado como una especulación".

Como se ve, aquí Altamirano defiende a aquellos misioneros protestantes. No creemos que en el fondo le hayan simpatizado mucho, pero en este caso le servían para atacar a sus contrarios y así los ensalza haciéndolos aparecer como a unos santos, lo cual no discutimos, pero tampoco creemos que Altamirano estuviera convencido de ello. Más bien nos hace sospechar que su afán de trasplantar soluciones extranjeras a nuestro medio, le hagan mostrar su gran entusiasmo por los protestantes.

Así como Don Ignacio pronunciaba discursos en los que hacía una fuerte crítica a las instituciones de la religión católica, tomada muchas veces de las que hacían los revolucionarios franceses, proponía también una actitud constructiva frente al problema religioso. Una solución de tipo racionalista y positivista, que caía en los mismos extremos que criticaba.

Y mientras predicaba la lucha contra el fanatismo y oscurantismo católicos, recomendaba y orientaba al pueblo para que fuera "republicano hasta el fanatismo". Quería aplicar, como sustituto del cristianismo una religión de la Patria que ni en la misma Francia había dado resultado, sino sólo en cuanto que había logrado que muchos se apartaran de las enseñanzas de la doctrina cristiana.

Así, encontramos que Altamirano, en plena guerra contra el Imperio, habla a los soldados alabándoles el ser "republicanos hasta el fanatismo" (1).

Y más adelante en la misma pieza oratoria exclama:

"Nuestro mundo moderno hace también una religión de su entusiasmo, y hay un día, en que las naciones confundiendo el fervor religioso con el amor patrio, idolatran gozándose Dios mismo de esta idolatría porque no es más que el culto a uno de sus más altos atributos... ;La Libertad!

Agrega todavía más, no sabemos si de una manera simbólica o tomando en serio la comparación:

- (1) Discurso Pronunciado en Tixtla, Gro. el 16 de Septiembre de 1866.—  
Obra citada T. I.

"Nosotros, el día dieciséis de septiembre despojamos nuestros bosques y jardines para engalanar el altar de la Patria, mientras consagramos al héroe de Dolores en el santuario del Alma, el mejor de los altares, ese que se forma de los recuerdos, y de la gratitud, y mientras que a sus pies renovamos cada año el juramento de perder la vida antes que la libertad que él nos procuró.

"Después de elevar ante estos altares nuestros himnos y nuestras plegarias, un hombre del pueblo, elegido por él, recita la augusta historia de aquellos grandes hechos que ocurrieron desde 1810 hasta 1821 es decir, desde el glorioso grito de Dolores, hasta la entrada del ejército trigarante en la Capital de los Virreyes, y el pueblo escucha con religioso recogimiento esa narración, como escuchaban en otros tiempos los primeros cristianos al sacerdote que subía al ambón, en las naves de la Iglesia, o en las sombras de la catacumba a leer los dípticos sagrados, en que constaban los nombres de los apóstoles, de los mártires y de los hermanos de la nueva religión".

Altamirano no parece escaparse de su preocupación religiosa, y a lo largo de sus discursos aparecen citas con alusiones a este problema. Así nos dirá un año más tarde de su discurso anterior: "Los que defienden la libertad de los pueblos llegan ante el Eterno sin necesidad de pedir perdón" (1).

Refiriéndose nuevamente a los héroes los califica como: "El apóstol entusiasta que santifica con su sangre la religión de la libertad".

Después, haciendo una comparación poco feliz, exclama en pleno discurso: "Los mártires de la libertad son tan generosos, como el mártir sublime del Calvario, y otorgan el perdón a sus enemigos, como la expresión de una suprema venganza" (2).

Sus expresiones en contra de la Iglesia Católica, así como sus sugerencias para una religión racionalista, no cesan de repetirse a través de sus discursos, los cuales nos hacen recordar las fobias de los oradores franceses de la Revolución. Presentamos algunos fragmentos, que ilustran mejor que el comentario que nosotros pudiéramos hacer.

En el año siguiente al discurso de la cita anterior, en una

- (1) Discurso pronunciado en la Alameda de México el 17 de Septiembre de 1867. Obras Completas T. I.  
(2) Discurso pronunciado por encargo del Poder Ejecutivo de la Unión en el Panteón de San Fernando de México el 17 de Julio de 1869. Ob. Cit. T. I.

alocución al declarar instalada la Asociación de Libres Pensadores el 5 de mayo de 1870, después de hacer el elogio de rigor a la fecha de la celebración, sitúa la importancia del hecho que va a tener lugar diciendo que ahora se predica el "evangelio de la razón a todas las creaturas; en los momentos en que el viejo papismo romano, delirante en su agonía, llama a sus cómplices para darse ánimo en sus últimos instantes" (1).

Y apunta la importancia de la Asociación en México, ya que "el impenitente partido del fanatismo católico, correspondiendo aquí a los trabajos de la Corte romana... procura abusar de nuevo del candor popular".

Termina su pieza oratoria con frases tan fuertes como las siguientes:

"hacer la guerra a la superchería religiosa y a la ambición de los sacerdotes y de sus cómplices es hacer un servicio a la humanidad".

Señala por último, los fines de la Asociación:

"Sustituir la moral pura a las groseras prácticas de un culto que no puede estar de acuerdo con la razón; proclamar la doctrina pura de Jesús, ese Libre Pensador de los antiguos tiempos, doctrina que condenaba el comercio sacerdotal, he ahí nuestro objeto" (2).

Al hacer historia, a propósito de celebrar el aniversario de la muerte de Melchor Ocampo, con el objeto de hacer resaltar la personalidad de éste, dice que antes de la Revolución de Ayutla: "El agua bautismal era la condición forzosa para obtener los goces del ciudadano; antes que ser hijo de la República, se debía ser esclavo del Papa... la moral católica corrompía las costumbres; la ciencia huía espantada de las Universidades; la teología cerraba la entrada a los adelantos de la civilización europea".

"Ocampo... jugando su cabeza, tuvo el valor de ponerse, uno de los primeros, frente a frente de los dictadores y frente a frente de los frailes, para lanzar al rostro de los unos el guante de la revolución política y para proclamar ante los otros el libre examen, la libertad de conciencia y el odio al catolicismo" (3).

En la colección de discursos que se han conservado siguen, después de este último que hemos citado, un número bastante

(1) Se refiere al Concilio Vaticano.

(2) Ob. Cit. Pág. 156.

(3) Ob. Cit. Pág. 158 Disc. el 3 de junio de 1870.

grande de piezas oratorias que no son propiamente de carácter político y que comentaremos más adelante.

El tema de la política, aparece algunos años más tarde cuando vuelve a formar parte de la Cámara de Diputados, esta vez siendo representante del Estado de San Luis Potosí, —no sabemos a ciencia cierta por qué— y sus actuaciones en la tribuna parlamentaria son abundantes y de gran vehemencia, aunque no es ya tan subido el color de sus ataques, pues casi siempre, cuando arremete contra el partido político opuesto, lo hace hablando mal, ya no del "fanatismo religioso" o de los "clérigos", sino que procede preferentemente contra las personas. En esta época, en sus juicios sobre el catolicismo se encuentra ya una evolución en su actitud. Así en un discurso a la memoria de Garibaldi, deja caer una frase característica de ese cambio:

"El ateísmo religioso, o el político no produce más que desaliento, cobardía o abyección en el espíritu humano" (1).

Después de esta profesión de fé, en la que parece se disculpara ante la posición contraria a su Partido y adoptara una especie de actitud deportiva ante la lucha religiosa y política, no encontramos ya más discursos, o cuando menos no conocemos los textos de los que pronunció Altamirano en esta etapa final de su actividad política.

• • •

En la segunda faceta que hemos considerado, del pensamiento político de Altamirano, es decir en el problema educacional, tiene numerosas opiniones externadas en relación con la educación que se impartía en México antes de las Leyes de Reforma, así como la forma mejor para organizar la educación general en México.

El aspecto de política educacional es interesante, pues Altamirano la consideraba fundamental en toda actividad de gobierno.

Quizás fuera un anticipo de la mentalidad totalitaria de que, toda política empieza en la escuela y termina con la escuela. Pues es sabido que todos los hombres públicos han iniciado su actividad, la formación de su plataforma y sus primeras escaramuzas políticas en la escuela donde estudian. Termina con la escuela, porque, al correr del tiempo, cuando una actitud política se ha afianzado, el estadista totalitario sabe que sólo educando a las nuevas

(1) Discurso pronunciado el 24 de Julio de 1882. Ob. Cit. Pág. 294.

generaciones en su mismo pensamiento, éste logrará sobrevivir a un porvenir más o menos incierto.

Hay un hecho curioso en los discursos de Altamirano: la primera *pieza oratoria* que presentó en público, o cuando menos la primera de las que nos han sido presentadas en sus obras completas, tiene un carácter completamente diferente de sus otros discursos. En ella hace un elogio de la carrera de la abogacía y habla de los tres Derechos (1) refiriéndose al romano, al canónico y al que él nombra nacional, el cual hace surgir de los otros dos. El primero lo considera como la "ley orgánica del mundo civilizado; el canónico como esencial en un pueblo cristiano, y el nacional, como una emanación de esos dos y ley viva en nuestra patria".

En ese mismo discurso presenta posteriormente un concepto de ley, que después aplicará en el curso de su carrera política, y dice:

"En los pueblos en que se disputan el poder con encarnizamiento las facciones, una ley es un arma más terrible que una espada; se sacrifica muchas veces la justicia en aras de la ambición, el bien público en favor de un principio político; pero esa ley vive con la facción dominante. Caída ésta, su enemiga hace lo mismo aunque en sentido contrario".

Después de hacer el elogio del Derecho Canónico, tiene varias expresiones que aparentarían no ser de Altamirano, por los conceptos que en ellas se vierten, y de este modo dice, refiriéndose a este Derecho:

"apegado estrictamente a la ley natural y al Evangelio; cuánto bien ha hecho al género humano, regenerándolo y cambiándolo de faz! Nacido con el cristianismo, teniendo su fuente en los preceptos del cielo, por intérprete a la Iglesia asistida por el Espíritu del que la fundó, y por objeto abrirnos las puertas del paraíso y mantenernos en unión que siempre consuela, porque nunca es opresora, este derecho, como una emanación de la creencia que hace nuestro bien al par que ilustra nuestro entendimiento, es dulce al corazón".

En el párrafo siguiente agrega: "¿Cómo no ha de ser interesante al corazón de un cristiano examinar e inquirir el origen de las jerarquías, ceremonias y demás instituciones".

(1) Discurso al sustentar el acto público del 3er. año de Jurisprudencia en el Colegio Nacional de San Juan de Letrán, el 2 de Noviembre de 1857. Ob. Cit. Pág. 4.

No resistimos la tentación de copiar íntegro el párrafo que hemos empezado a citar, pues es una manifestación de la manera como Don Ignacio, veía las cosas en esta su época de estudiante, aún cuando ya había marchado y regresado de la campaña correspondiente a la Revolución de Ayutla.

Sigue diciendo así: "contemplar esos tipos venerables de los primeros y hermosísimos tiempos del Evangelio; después seguir la marcha del tiempo, acompañando a la Iglesia en sus vicisitudes, y admirar los designios del Hombre-Dios al recorrer desde aquella época hasta la actual, comparando a los hombres y a las cosas, desde el apóstol que recorría las regiones más apartadas con los pies descalzos, con el peligro de la intemperie y de la tiranía, animando a sus hermanos vacilantes a morir por su creencia, hasta el obispo sedentario que hoy rige su rebaño todo dócil; desde los templos escondidos en las catacumbas, con sus altares ornados con flores del campo, hasta nuestras suntuosas basílicas, con sus altares de oro y sus perfumes eternos; desde aquellas ceremonias clandestinas que se celebraban mientras Roma dormía, hasta nuestras fiestas solemnes y majestuosas hechas a la faz del mundo; y desde aquella sociedad de sectarios entusiastas, llenos de fé y aspirando al martirio, hasta la nuestra escéptica y corrompida, que antepone la molice del epicureísmo a la austeridad de la religión!"

Un párrafo adelante agrega: "Los dulces preceptos de la religión no era compatibles con algunas leyes feroces de un pueblo educado en el circo y en el campo de Marte, y cuando los Emperadores adoptaron la verdadera creencia, estas leyes fueron derogadas, e instituidas otras protectoras de la humanidad".

Más adelante, al referirse nuevamente a la abogacía, presenta un razonamiento que seguramente él no aplicó a otras instituciones como la Iglesia, de acuerdo con lo que hemos visto que pensaba de ella. Dice a la letra:

"Pero no identifiquemos el abuso con la institución; pero pesemos en la balanza de la historia los beneficios con los males, y quedaremos convencidos".

Una vez presentados estos párrafos, que indudablemente son de Altamirano, pues su estilo así lo acusa, y fueron publicados, inclusive en alguna de las ediciones anteriores a la muerte de Don Ignacio, vamos a presentar otra serie de párrafos en los que expresa su concepto acerca de la Educación, tanto elemental como superior.

Estas opiniones están sacadas igualmente de sus discursos y de sus artículos periodísticos, tomando principalmente estos últimos, pues lo normal es que en un artículo para el periódico se piense un poco más lo que se va a decir, y además era menos usada la forma retórica tan abultada a que estaban acostumbrados los oyentes de los oradores del siglo pasado.

Ante todo, dejemos que el propio Altamirano nos haga, a su modo la historia más inmediata de la educación anterior a la Reforma. Esto lo hace en los artículos de la serie llamada BOSQUEJOS, que publicó en el diario EL FEDERALISTA, el 30 de enero de 1871 (1). Ese día habla de la Escuela en 1870 y de la Escuela Antigua en la segunda parte. Describe lo que los niños de la escuela antigua sufrían para aprender a escribir, pues tenían ocho reglas para seguir, y hace burla de ellas:

"Para llegar a la octava necesitábanse años de paciencia, y sobre todo, sufrir los castigos que el refinamiento clerical había inventado para corregir a la niñez, educarla honestamente y enderezarla por los caminos del temor de Dios".

Sigue después contando que aquello era un horror, y la serie de castigos que había:

"Esto era en lo físico; veamos lo intelectual. Seis meses de cartilla, es decir de estudiar el abecedario, de deletrear y de decorar; después seis meses de "catón cristiano" o de Libro segundo, es decir un conjunto de lecturas fastidiosas, inútiles, erizadas de ejemplos corruptores y de cuentos ridículos de viejas, de máximas de bajeza y de esclavitud, doctrinas frailesacas y groseras..."

Continúa más adelante: "¡El Catecismo del Padre Ripalda! ¿Quién en México no conoce al Padre Ripalda? y ¿quién que tenga en algo a la razón y a la libertad, no detesta ese monstruoso código de inmoralidad, de fanatismo, de estupidez, que semejante a una sierpe venenosa se enreda en el corazón de la juventud para devorarlo lentamente?"

Un párrafo adelante agrega: "La civilización, la libertad, la ciencia no hacen caso de lo que griten los falsos apóstoles de una religión de paz, de humildad y de dulzura y ellas reprueban y acabarán por aniquilar las doctrinas estúpidas que contienen libracos como el de Ripalda".

"Si el cristianismo ha de vivir algo más, no ha de ser segura-

(1) Colección El Federalista. Hemeroteca Nacional, México, D. F.

mente defendido por el catecismo de ese viejo jesuita, misionero del papismo y de la reyesdad española, cuyo bello ideal era la imbecilidad de los pueblos".

Añade para finalizar su BOSQUEJO: "estoy hablando de lo que pasaba hace menos de treinta años, aquí en México, según me lo han referido todos mis amigos de colegio, y según lo sé por boca de testigos fehacientes, entonces como ahora muy empeñados en la reforma de la instrucción popular".

Luego de hablar sobre la escuela de la ciudad a que se refería en ese artículo, toca en el siguiente lunes el tema de la "escuela del campo" (1). Inicia su artículo con algunos elogios hacia la obra de los misioneros en los principios de la Colonia, pero comenta que, cuando ya no había que perder, cuando se había realizado la evangelización, se volvieron "flojos y regalones".

"La Iglesia Católica, muy hábil en la propagación de sus doctrinas y muy activa en esto de favorecer sus intereses materiales, enseña a los niños, antes que nada, el catecismo, y en él como se sabe, los preceptos en virtud de los cuales se obedece ciegamente al sacerdote, y se paga sin replicar todo lo que la codicia eclesiástica quiere. Así es que la Iglesia no hará ciudadanos con su enseñanza, ni patriotas, ni hombres virtuosos, pero esto sí, hace devotos, hace fanáticos furiosos, se atrae el corazón de sus prosélitos desde niños, y cobra sus rentas tranquilamente sin necesidad de la facultad económico-coactiva ni de disgustos con los contribuyentes".

Después habla mal de la gente del campo, la cual, dice en tono de censura, va a la iglesia pero no se interesa para nada en los problemas políticos.

Para hablar de lo que debe ser el maestro de escuela, habla primeramente de lo que han sido los maestros, y los critica severamente. Para ésto, relata una entrevista que dice haber tenido con un cura de pueblo. Lo describe así:

"Era el cura un sujeto parecido en lo moral a todos los de su especie; pero en lo físico, era robusto, de mediana talla, regordete, colorado y de carácter alegre y decididor".

Lo trata de traidor porque no simpatizaba con las doctrinas liberales.

(1) LOS BOSQUEJOS.—Lunes 13 de febrero de 1871. Colección EL FEDERALISTA, Hemeroteca Nacional, México, D. F.

Desgraciadamente no hemos encontrado completo este artículo, pues el ejemplar se encuentra mutilado.

Después habla de las Ordenes Religiosas que se ocupan de la enseñanza:

"todavía hay quienes creen que los jesuitas son aptos para dirigir las escuelas republicanas; todavía hay quienes las confían a las Hermanas de la Caridad, instrumentos del jesuitismo y del retroceso; ¡Válganos Dios!"

"La escuela confiada al clero, es propia sólo de las monarquías absolutas. En una República, tal institución es un contrasentido y un peligro constante. La educación dirigida por el sacerdote, es una añeja monstruosidad heredada de los chinos y de los egipcios, y aprovechada por la teocracia hasta el siglo XVI en algunos países de Europa, hasta el siglo XIX en México: ¡Qué vergüenza!"

Continúa con su recia opinión, acerca de las órdenes religiosas:

"¡Las Hermanas de la Caridad! Dejemos a los conservadores y a los clérigos que ensalcen su utilidad, y encojámonos de hombros. Nosotros no debemos hacer coro a semejantes doctrinas".

"Para nosotros, la hermana de la caridad es una infeliz mujer llena de ignorancia y de preocupaciones, manejada por un jesuita ambicioso y que es absolutamente inútil para la enseñanza".

"Pero, ¡qué van a enseñar esas pobres mujeres alucinadas e histéricas!"

"Lo que ellas enseñan es una devoción tan inútil como estúpida; lo que ellas enseñan es la esclavitud mujeril, la abyección, el odio a la libertad, que va perpetuando la indiferencia a la libertad, todas esas doctrinas malsanas, oscuras, innobles, que nacen en el claustro, en las frías naves de la capilla, en los extravíos del misticismo corruptor, en las peligrosas intimidades del confesonario y en las lecturas banales de los librillos que vienen de la casa central de París".

Agrega una frase que es todo un canto a la libertad que venía pregonando en líneas anteriores:

"En esos conventos, que tenemos la tolerancia de sufrir, hay como en los pantanos..."

Haciendo un alarde de serenidad, escribe la siguiente frase: "Y no hay aquí exageración ni espíritu de partido". "Jamás había yo escrito contra las Hermanas de la Caridad, pero... he analiza-

do la institución, su objeto, su organismo, sus medios y no vacilo en creerlas peligrosas".

"Acépteselas, si se quiere, en los hospitales; yo, aún allí les disputaría su utilidad, y conmigo estarían casi todos los profesores de México".

Para finalizar su largo artículo da las normas de cómo debe ser el maestro de escuela. Después de señalar las cualidades más indispensables dice: "Sobre todo es indispensable más que nada, hacerle comprender que su misión no es religiosa, que sus ideas morales no deben fundarse en la estrecha base de una religión cualquiera, sino que tienen que abrazar una esfera amplísima".

"El va a enseñar el dogma del ciudadano; no cultos, no liturgias, no preceptos sacerdotales. El Preceptor tiene un dogma más universal; porque habla a un tiempo al católico, al protestante, al judío y los hace entrar en una comunión civil" (1).

"Estas palabras del sabio Quinet son justamente aplicables a nuestro modo de ser actual".

Propone don Ignacio, como programa de estudios de la Escuela Normal de Profesores:

"Lectura, Escritura, Aritmética, Gramática elemental, Moral, Historia política de México, Derecho constitucional, Geografía elemental, Nociones de Botánica y Zoología, Dibujo y Música".

Una semana después apareció, en el mismo periódico, su artículo, bajo el mismo rubro de BOSQUEJOS, en el cual habla de la "Escuela Modelo" y explica, a lo largo de él, el programa que expuso para la escuela Normal, y al hablar de la Aritmética dice:

"Ya se vé; las mujeres antes no sabían nada; el ideal del clero era la mujer ignorante, y con razón. Para dominarla a su sabor, era preciso que nada supiera. Una mujer que apenas supiera leer en su devocionario, era lo más propio para hacer un instrumento ciego".

Sobre la moral dice:

"La escuela del Estado no debe enseñar religión; esto es de ley y una consecuencia rigurosa de la tolerancia de cultos, pero sí debe enseñar moral. Todo lo que dijéramos para encarecer el estudio de la moral, sería inútil. La conciencia de todo hombre lo

(1) Cita de Altamirano. Edgar Quinet. La Enseñanza del Pueblo. Cap. XII.—Catolicismo y protestantismo en la enseñanza. (sic).

comprende, y la sociedad se sentiría sin bases, si no contara con la existencia de la Moral.

"Hablamos de la Moral universal, de aquella que no está fundada en religión alguna de las que se llaman "reveladas", sino que es, como dice Cicerón, "la ley única, siempre una e inmortal que abraza todas las naciones y todos los tiempos" (1) y que cada hombre lleva escrita en su conciencia".

"Hasta aquí, como había dominado el catolicismo en México, la Moral era verdaderamente un catecismo religioso, o un tratado de urbanidad, no la moral pura; y aún no hay buenos tratados que puedan servir de texto".

Después, Altamirano sigue explicando la manera como deben enfocarse las otras disciplinas propuestas en su programa de estudio y, como complemento, al hablar de la historia política, señala como el culpable de todos los males de México, al clero.

Finaliza su serie de artículos con una especie de nota aclaratoria que le disculpa en parte algunas de sus expresiones más rudas, pero que a la vez muestra que había cierta sinceridad en aquellas ideas que había expresado. La nota a que nos referimos es la siguiente:

"Hemos concluido nuestros artículos sobre instrucción popular. Ellos no son más que bosquejos. Los hemos escrito de prisa y a grandes rasgos, con el sólo objeto de emitir en globo, nuestras ideas, que otros sabrán desarrollar mejor en la aplicación práctica.

"¿Puedan nuestras pobres palabras ser de alguna utilidad a la juventud del pueblo!"

Hasta aquí hemos expuesto el pensamiento de Don Ignacio en relación con la educación elemental en México. Vamos ahora, siguiendo igualmente los textos de Altamirano, a presentar lo que pensaba acerca de la Educación superior.

En esta parte es donde más claro se ve el pensamiento del escritor guerrerense enfocado hacia los grandes problemas de su siglo. Sin embargo, encontramos que Altamirano recurre a menudo a testimonios de autores extranjeros, principalmente franceses, para aplicar a México soluciones tomadas en otros países.

Esta exposición mostrará hasta qué punto llegaba la capaci-

(1) Cita de Altamirano. Cicerón. De República. Lib. III (sic).

dad de innovador de nuestro personaje, el cual si en algunas cuestiones y en algunos aspectos, difería notablemente aún de los componentes de su propio partido, aquí solamente es un discípulo que repite la lección de sus maestros.

Para iniciar, citaremos un párrafo de sus BOSQUEJOS (1) en el cual nos muestra lo que pensaba de la Universidad:

"Así pues, escuelas primarias es lo que necesita el pueblo, no Universidades, ni fiestas, ni paseos ni vanas pompas que son superfluidades de una vida más culta y más rica..."

Posteriormente, al pronunciar un discurso con motivo de la inauguración de la Academia de Ciencias y Literatura, hace un elogio de estas instituciones, y después de dar a conocer el objeto de su fundación dice:

"He aquí, de esta manera dando impulso más eficaz a la ilustración en México, creando primeramente la enseñanza y luego la discusión; primero la escuela y luego la academia, conforme al espíritu práctico que un gran escritor del siglo pasado, Voltaire, encierra con tanta concisión como elegancia en las siguientes palabras: "Las academias son a las universidades, lo que la edad madura es a la infancia, lo que el arte de hablar bien es a la gramática, lo que la cortesanía es a las primeras lecciones de urbanidad (2)".

Continúa después mostrando a su auditorio la bondad de la medida oficial para fundar la Academia, y dice (3).

"Tanto más necesaria era esta medida, cuanto que las academias tienen que ejercer aquí la influencia regeneradora que han ejercido en Europa desde el siglo XVI, dando los últimos golpes a una filosofía mezquina y rutinaria que si bien había salvado en el naufragio de la Edad Media algunos principios buenos de la civilización antigua, se empeñaba en poner delante del pensamiento humano el "nec plus ultra", protegida por la tradición, por el fanatismo y por el vano orgullo de los doctores".

"En efecto, esta filosofía escolástica, apoyada en la autoridad, había detenido por mucho tiempo la marcha de las ciencias. Su reinado, que Fontenelle "el novador discreto y tímido del siglo

- (1) EL FEDERALISTA.—Lunes 23 de enero de 1871.
- (2) Nota de Altamirano. Voltaire.—Diccionario Filosófico. Ver. Academia.
- (3) Obras Completas de Altamirano. Pág. 149 Tomo I.

XVII y que fué el sabio del XVIII" (1) apellida "el reinado de las palabras y de los términos", había sufrido los primeros ataques que descargaron Bacon, Galileo, Descartes y más tarde Leibniz y Newton, había acabado por sucumbir delante de los últimos atletas de la regeneración. Esos atletas eran Fontenelle, D'Alembert, Voltaire y las academias".

"Antes que los filósofos innovadores se encargaran de rasgar el velo de la tradición en el mundo científico, ya los reformadores religiosos les habían prestado un inmenso auxilio, dándoles ejemplo de audacia en el mundo de la teología, con lo cual puede decirse que les prepararon el camino, pues por una extraña coincidencia, que todavía es la admiración de los hombres pensadores, en aquellos siglos se había hecho una singular amalgama de la filosofía del Peripato y de la teología de Roma".

Parece que Don Ignacio aquí prefiere llamar solamente una "extraña coincidencia" a un punto que hubiera sido muy interesante investigar. Termina su párrafo con la cita de una autoridad:

"¡Nuestro Señor Jesucristo reina menos en las universidades que el pagano Aristóteles! decía Lutero" (2).

Sigue el discurso de Don Ignacio, que seguramente fué uno de los que mejor preparó ya que era el acto oficial para fundar la Academia de la cual había sido nombrado Vicepresidente. Su pieza oratoria contiene citas, casi todas de autores franceses.

A través del discurso podemos comprobar con certeza que Altamirano no se había nutrido directamente en las fuentes. Algunas de sus opiniones, no son sino repetición de lo que habían dicho los pensadores de la Revolución Francesa para justificar sus actitudes.

Su manera un tanto ligera de hablar para decir que la filosofía medioeval había causado la paralización del avance de las ciencias, manifiesta un completo desconocimiento de la filosofía escolástica y de la historia.

La crítica más dura que le hace a la escolástica es la que se refiere al argumento de autoridad, el cual en la filosofía escolástica, —no en la teología—, se usaba en último término. Por otra parte, pone Altamirano en su discurso como argumento principal

(1) Nota de Altamirano. Villemain, Cuadro de la Literatura en el siglo XVIII. Tomo I. lecc. 13.

(2) Nota de Altamirano. Véase Ad. Schaffer. De la influencia de Lutero en la educación del pueblo. Cuarta parte.

para probar sus afirmaciones, el testimonio y la autoridad de un autor: Lutero.

Esta posición de Altamirano influye poderosamente en sus discípulos y aún en la actualidad, muchos de los argumentos contra la escolástica y la Edad Media, esgrimidos en ciertos medios, no son sino repetición de aquellos que usaron pensadores liberales del tipo de Altamirano que a través de las escuelas normales han llegado a la juventud que estudia. El resultado de esas afirmaciones superfluas provoca que, cuando el alumno se liberta un poco de la tutela de los maestros y se pone a estudiar sinceramente por su cuenta, tiene que hacer una revisión completa de sus conocimientos de historia general y de su concepto acerca de la evolución de la ciencia.

A pesar de estas opiniones, algunos años más tarde, en un discurso pronunciado en la Ciudad de Puebla en el año de 1882 (1) tiene Altamirano las siguientes palabras para las instituciones educativas de la Colonia:

"En ese régimen, como el pueblo no se educaba para la República democrática, el gobierno de entonces cuidaba algo de la instrucción científica, pero descuidaba grandemente la enseñanza popular. La Universidad, los colegios de los jesuitas y otros establecimientos de estudios profesionales producían algunas veces sabios y muy notables, pero la escuela real de instrucción primaria establecida generalmente en las ciudades, sólo enseñaba los rezos y algunos elementos de lectura, escritura y contabilidad".

\* \* \*

Con la cita anterior terminamos la exposición del pensamiento de Altamirano como político y referido a la Iglesia o a las instituciones religiosas.

Si tratamos de hacer una síntesis de su pensamiento encontramos que existe una actitud constante de oposición a todas las autoridades de la Iglesia, llegando en ocasión a expresiones en que se descubre el odio, sin tener muchas veces argumentos poderosos para sostener esa actitud.

Como se ha podido ver, el concepto que tenía Altamirano respecto al Cristianismo como fenómeno universal, es similar al de los autores liberales europeos, principalmente franceses. Consiste

(1) El Principio de la Instrucción Primaria Gratuita, Laica y Obligatoria.—Obras Completas. Tomo I. Pág. 289.

en una duplicidad, pues mientras hablaban mal y trabajaban activamente en contra de las instituciones de la Iglesia, proclamaban solemnemente que ellos eran los que seguían fielmente las enseñanzas originales de Cristo, las cuales, dicen, habían sido falseadas por las autoridades eclesiásticas y por el clero. Esta actitud, era la misma que habían sostenido primeramente los reformadores religiosos y después de ellos, los ideólogos de la Enciclopedia.

De la misma manera proclama Altamirano como dogma principal la Libertad. Al hacerlo, cae en un libertinaje que a la larga resulta más esclavizante que cualquier otro dogma. Pues aquellos que buscan la Libertad por la Libertad misma, hacen una inversión de valores, ya que, aunque la libertad es el don más preciado del hombre y aquel por el que se coloca en un plano superior a los demás seres del mundo sensible, no puede convertirse en un fin, sino solamente en un medio para alcanzar el Bien que es su finalidad.

Y cuando esta inversión de valores se traslada al campo social, se están poniendo las semillas de un totalitarismo de Estado.

Resulta pues que quienes hacen de la Libertad un fin, tienen que someterse a un estricto cartabón de normas para poder ser libres, invirtiendo con ésto la finalidad del hombre y de la libertad misma.

Por otro lado, Altamirano muestra notables fallas en cuanto se refiere a problemas históricos. Creemos que esas fallas se deben a la calidad de sus fuentes de información las cuales son muchas de ellas de segunda mano y de autores cuyos juicios están elaborados de manera apriorística y tendenciosa, pues los estudios de historia y las investigaciones posteriores han demostrado su falsedad. Sin embargo, la mayoría de esas falsas afirmaciones históricas eran cosa común en su tiempo, las cuales en la actualidad han sido superadas.

Finalmente, si su actitud frente a la libertad del hombre nos parece que constituye una inversión de valores, y si su conocimiento de la historia era tendencioso, la actitud de Altamirano de desear la libertad de México como nación es muy legítima y digna de alabanza, pues era vital para el desarrollo cultural y la evolución espiritual del país, que existiera un clima de libertad en el que tuvieran cabida todos los esfuerzos leales y sinceros para dar forma a la nacionalidad que se estaba integrando. Esta última actitud de Altamirano es la que nos parece más valiosa.

## CAPITULO VI

### IDEAS RELIGIOSAS EN EL LITERATO

Hemos dicho en páginas anteriores que, como literato, Altamirano supera a casi todos los escritores de su tiempo, no por la cantidad, sino por la calidad de su obra.

Hombre fuertemente apasionado, don Ignacio tiene en su literatura páginas de todos los matices, desde aquellas en que nos describe plácida y poéticamente su paisaje natal hasta aquellas en que parece volcar sobre el papel todo el fuego de su temperamento.

Su obra como literato apenas ha empezado a recopilarse pues está dispersa en casi todos los periódicos y revistas de su época, especialmente en las publicaciones de ideas liberales, de las cuales se puede decir que no hubo prácticamente ninguna de ellas que no haya publicado cuando menos alguno de los escritos de don Ignacio.

Abarcó dentro de su literatura los temas más diversos, y los trató con gran fecundidad en prosa como en verso. Su poesía no es lo mejor, pues parece que su mismo carácter rebelde le hacía preferir la libertad y espontaneidad de la prosa y no ceñirse a las normas más o menos exigentes del verso.

A pesar de la diversidad de los temas abordados casi todos se refieren a motivos principalmente mexicanos, en los cuales es donde mejor se manifiesta su personalidad, pues cuando aborda algún tema de carácter universal, lo hace casi siempre a base de largas citas textuales de autores extranjeros, como en su ensayo LA NOCHE BUENA en que describe la fiesta de la Navidad en diferentes países a través de citas de varias páginas de largo.

Altamirano sabía captar el paisaje y transportarlo elegantemente a sus descripciones llenas de vida y colorido, por eso es que fué uno de los primeros que empezó a popularizar, para el consumo exterior, la variedad del paisaje mexicano y el carácter de sus habitantes, que cambia de acuerdo con el propio paisaje.

Quizás por haber preferido tratar temas mexicanos es por lo que su obra se hace más valiosa, pues aborda una serie de tópicos que después han servido de modelo a muchos autores.

Altamirano pertenece al grupo formado por varios escritores contemporáneos suyos, quienes gustaban de descubrir las tonalidades del paisaje y de la personalidad de lo mexicano. Desafortunadamente ésto lo hicieron muchas veces a través de moldes europeizantes, tal y como se puede ver en esta descripción hecha de Jalapa:

"El formidable Eolo del Atlántico le envía sus nubes y sus temporales y es para fecundar sus tierras.

"Las Euménides de la costa no se atreven jamás a pisar sus linderos y la contemplan a lo lejos con una "ira impetuosa".

"En suma, todo la acaricia y la ama. Es la hija mimada de los dioses.

"En Jalapa la naturaleza es tan hermosa, tan variada, tan fecunda, que es preciso admirarla sin pretender describirla..."

"El Amor mismo, el divino pintor del paisaje, que Goethe, el gran poeta-filósofo, buscó como el más prodigioso inventor de perspectivas, no habría podido hacer brotar con su "dedito de rosa" tantos y tan extraños primores en su mágico telón de neblina" (1).

La obra literaria de Altamirano se puede dividir en tres grupos principales, cada uno de los cuales nos da a conocer algo de su personalidad. En primer lugar como versificador; en segundo lugar como crítico literario y en tercer lugar como costumbrista y novelista.

En lo que se refiere a sus versos, tal y como hemos dicho, no en ésta la forma que Altamirano cultivara con mayor gusto; parece ser que prefería elogiar versos ajenos que solazarse con los suyos, pues a través de sus crónicas literarias encontramos gran

(1) Paisajes y Leyendas.—Antigua Librería Robredo. México, 1949. Pág. 75

parte de sus cuartillas dedicadas a ensalzar y dar a conocer a los poetas contemporáneos.

Sus rimas son casi todas de carácter erótico o bucólico, sin que adquieran unas y otras una fuerza extraordinaria. Quizá el verso más notable de Altamirano sea aquel que primeramente tituló: *EL DIVINO REDENTOR* y el cual apareció en "El Federalista" el 28 de marzo de 1872, (1) con el subtítulo de "Plegaria en Una Fiesta en la Montaña".

Este poema es un canto a Cristo, hecho con todo el estilo y corte de nuestros poetas del siglo pasado. Es una concepción del Cristo exclusivamente humano que olvida que a la vez que hombre era un Dios que andaba por el mundo para cumplir una misión más elevada que la que haya podido concebir cualquier otro ser humano.

El cambio de nombre, o subtítulo del verso en edición posterior, nos lleva a reconocer en Altamirano a un admirador de la naturaleza, inclinación que siempre conservó y que seguramente había enraizado en su alma en los primeros años de su vida campestre. Además es una manifestación más de su tendencia a no aparecer como un poeta religioso.

Sus otros versos nos describen la belleza de varios rincones del territorio de la Patria, en los cuales se respira la tristeza y la melancolía, sentimientos del hombre que ha perdido su felicidad primera y que trata de encontrarla en aquellos lugares apacibles y quietos a los que no ha llegado la Ciudad con su procacidad. Un lago, un bosque, que guardan recuerdos de un pasado perdido, le evocan escenas que quiere revivir, pero lo impiden los acontecimientos amontonados fuera de aquel lugar. Altamirano se fuga de su personalidad de batallador incansable, para refugiarse en la temática de sus contemporáneos.

Le atrae sobre todo, la naturaleza virgen, sueña con el campo, con las frías montañas de su tierra nativa y la vegetación feraz de los bajos del Sur.

Aunque los azares de la vida política lo llevaron a ser habitante de las ciudades y admirador del progreso material, soñaba siempre con poder apartarse de la vida agitada y artificial que se lleva en los grandes centros de población, para refugiarse en la vida al aire libre, en contacto directo con el campo, "como un sim-

(1) Colección de la Hemeroteca Nacional.

ple admirador de la naturaleza" de la cual sabía gustar para poder gozar de "la singular hermosura y valor de sus riquezas naturales" (1).

Hacemos pues, a un lado un comentario mayor acerca de la poesía de Altamirano para buscar en sus otros escritos el mensaje en el que reconocamos al personaje lleno de pasión, de profundo espíritu de crítica que nos dé a conocer algo de lo que pasaba en su alma cuando tomaba la pluma o hacía uso de la palabra; ya no para tratar directamente problemas políticos que toda su vida centraron sus inquietudes, sino todos aquellos temas en los que también se apasiona y nos muestra en forma menos directa su problema fundamental.

• • •

Altamirano, como crítico literario fué también un hombre que formó escuela en el medio mexicano. Fué el primero que se convirtió en una especie de líder. Siendo él ya un escritor maduro en su pensamiento y en su estilo, tuvo un gesto que le ganó las simpatías de los que en aquel entonces se dedicaban a las letras.

Cuando había terminado apenas la lucha fratricida, cuando el Cerro de las Campanas aún conservaba fresco el recuerdo de los sucesos que lo hicieron histórico, Altamirano llamó a todos los que se dedicaban al cultivo de las letras, a "vencedores y vencidos" para fundar un periódico que, con el simbólico nombre de EL RENACIMIENTO, habría de ser el representante de lo mejor que había de pensamiento en México. Todos acudieron al llamado del primer intento de unidad en la clase intelectual mexicana: "El progreso de las letras en México, no puede ser más favorable, y damos por ello gracias al cielo, que nos permite una ocasión de vindicar a nuestra querida patria de la acusación de barbarie con que han pretendido infamarla los escritores franceses, que en su rabioso despecho quieren deturpar al noble pueblo a quien no pudieron vencer los ejércitos de su nación".

"Con el objeto, pues, de que haya en la capital de la República un órgano de estos trabajos, un foco de entusiasmo y de animación para la juventud estudiosa de México, hemos fundado este periódico" (2).

(1) Introducción a EL RENACIMIENTO.—México, 1869. I, 1.

(2) Falsajes y Leyendas.

Desgraciadamente mucho quedó en buenas intenciones, bien fuera porque no hubo el suficiente espíritu de colaboración entre aquellos que se habían dicho cosas terribles a través de la lucha, bien fuera porque faltó la colaboración de los poderosos para sostener esa obra eminentemente cultural, cuando había problemas de más urgente resolución, o, en fin, por ambas causas, lo cierto es que la publicación aquella no duró muchos meses y se suspendió, quedando a deber dinero al impresor que la editaba.

A la vez que ésto pasaba, surgió casi de inmediato una escisión entre los escritores. Los rencores de partido, que aparentemente habían desaparecido, volvieron a hacerse notar. Así encontramos que Altamirano, al escribir una serie de artículos, ahora recopilados bajo el rubro de LA LITERATURA NACIONAL, fué destacando casi exclusivamente a aquellos que estaban o habían estado en el bando liberal y haciendo menos a los que se habían declarado partidarios de los conservadores.

De esta manera, mientras por un lado ensalzaba a muchos escritores, las más de las veces mediocres ya que a nadie se le ha ocurrido citarlos posteriormente al hacer el estudio de nuestra literatura, él los consideraba en sus crónicas comparables a los mejores poetas franceses y de las edades grecolatinas. Por otro lado, junto a esta manera poco serena de enfocar la crítica, Altamirano parecía ignorar a los otros escritores y poetas que no eran del Partido Liberal. Estos otros, quizás tampoco estaban a la altura de los grandes poetas de América en aquella época, pero sí podían equipararse y algunos con ventaja al conjunto de figuras mediocres que presentaba don Ignacio como los más altos representantes de "La Literatura Nacional".

Para ilustrar lo anterior tomamos un párrafo de las citadas crónicas: "Los poetas nutridos en las ideas monárquicas o conservadoras han sido pocos, y de éstos algunos merecen un lugar distinguido en la literatura; pero como generalmente no han cantado a la patria, ni a la libertad, y han preferido consagrar su lira, ora a ensalzar las bellezas de la religión católica, ora a cantar las glorias de los invasores franceses que venían en 1863, pretendiendo aniquilar la soberanía de la República, ora, por último a celebrar la llegada del archiduque Maximiliano y a adornecerlo en el camino que debía fatalmente conducirle al cadalso; como quiera que en nuestra humilde inteligencia no creemos que cantar la piratería y el virreynato francés haya sido cantar a la patria

que jamás pudo estar representada sino por sus héroes republicanos, parece que tenemos derecho de no considerar a los susodichos poetas en el número de los poetas patrióticos y por lo tanto nos permitimos no hablar de ellos" (1).

Por esta manera de enfocar su crítica es por lo que Altamirano tiene un valor sólo relativo como crítico, pues falsea las dimensiones de sus personajes. Sin embargo sus estudios tienen el mérito de haber recogido no sólo a las grandes figuras de la literatura nacional, sino aún las más humildes, aún cuando éstas no hayan sido todas. Su trabajo es apreciable por la labor de compilación realizado, que de otra manera hubiera pasado al olvido.

A pesar de esas características, este aspecto de Altamirano es interesante para conocer el desarrollo de su personalidad, enfocada, como los anteriores, hacia el ángulo del problema religioso.

Varias son las ocasiones en que Don Ignacio, a través de sus crónicas se refirió a este problema. Así encontramos que cuando hace una revista literaria que comprende de 1821 a 1867, al hablar de los temas basados en la historia antigua de México que se pueden usar para hacer literatura, dice:

"Ahí están esos misioneros que predicán y convierten a la religión de la Cruz a pueblos numerosos e idólatras... ahí están esos obispos opulentos como reyes, esos conventos ricos como palacios; ahí está esa Inquisición terrible, que viene también de Europa pretendiendo "quemar las ideas" en América; ahí están esas iglesias dispersas en las campiñas y en las gargantas de las cordilleras, como castillos feudales, con almenas aspilleras, con foso y poterna, con horea y campanario" (2).

Y más adelante agrega una afirmación que es una revelación de su alma indígena que buscaba algo que ya no existía sino en sus deseos:

"Ahí en esos pueblecitos, permaneció por mucho tiempo viva y venerada la religión azteca; y no seremos temerarios si aseguramos que permanece aún oculta, secreta, pero ardiente y disimulada con las fiestas del catolicismo, tras las cuales se esconden las solemnidades místicas de Huitzilopochtli, de Cinanteutli y de Mi-

tlanteutli, el Marte, la Ceres y la Proserpina de nuestros mayores" (1).

Esto parece ser una afirmación exagerada, pues mejor hubiera quedado decir que el culto de aquellos dioses antiguos había matizado en alguna forma el culto cristiano; pues de otra manera, hubiera sucedido que, posteriormente, cuando se han favorecido las celebraciones indígenas y a la vez se han prohibido las cristianas alguien hubiera levantado un altar nuevamente a Huitzilopochtli o alguna otra deidad azteca, y ésto, salvo casos de demencia especial, a nadie se le ha ocurrido.

Páginas más adelante, al sugerir otros temas en los cuales los literatos podrían inspirarse, habla de las religiosas de los conventos y dice: "Sobre la "Monja" hay que decir un mundo de cosas, hay que hacer un millón de observaciones, hoy que esa desgraciada, víctima de la antigua educación ha sido forzada a salir de su cárcel por la mano de la civilización" (2).

A la par que así hablaba Altamirano, con marcado desprecio hacia las instituciones de la Iglesia, se mostraba por otro lado, un sentimental de la religión. Era uno de esos hombres que desean que la religión sea completamente irracional y que sólo afecte al sentimiento, que hacen de su fé no un acto de la razón sino del sentimiento, que viven un romanticismo religioso que priva a los hombres, en sus relaciones con el Ser Trascendente, de su cualidad más excelsa: la racionalidad. En efecto, mientras por un lado alaba una oda de Guillermo Prieto, titulada FE en la que: "hay los majestuosos acentos del profeta de la democracia universal, los gritos de dolor del pueblo subyugado, los acordes melodiosos de la lira religiosa; hay como el eco lejano del himno triunfal que entona la humanidad regenerada y dichosa por la fraternidad y la civilización".

"Hay en este canto sublime la convicción de las primeras predicaciones cristianas" (3).

Luego, al comentar el siguiente trabajo de la quinta de una serie de veladas literarias que estaban organizadas por el grupo de literatos liberales, encabezados por Ramírez y Altamirano, algunas de las cuales debieron ser verdaderamente terribles, pues se

(1) De la Poesía Épica y de la Poesía Lírica en 1870.—La Literatura Nacional.—Tomo I Pág. 274.—Edit. Porrúa, México, 1949.

(2) Revistas Literarias de México. Ob. Cit. Pág. 11.

(1) Revistas Literarias de México.—Ob. Cit. Pág. 11.

(2) Ob. Cit. Pág. 79.

(3) La Quinta Velada Literaria.—Ob. Cit. Pág. 197.

recitaban o leían composiciones de diez y más aspirantes a genio (1), dice de Juan Pablo de los Ríos: "Su voz es plegaria y hay en su acento la ternura de la fe religiosa".

Y para corroborar esa "ternura" que Altamirano sentía frente a la religión, dice más adelante, al comentar a Joaquín Téllez en su composición A LA LUNA: "Probablemente la hizo en una de esas noches melancólicas en que el astro silencioso baña la tierra con luz blanca y suave, en que se apodera una dulce tristeza del corazón y en que se medita y se llora sin poderlo remediar..." "entonces se sueña, no sabemos por qué, en los góticos castillos, en los conventos silenciosos, en las sombrías arboledas por las que penetran ráfagas de luz, se piensa en el mar, convertido en una inmensa sábana de plata, se cree ver el lago risueño en el que riega el resplandor de la luna, se recuerda la niñez, se piensa en Dios..." en tales momentos no pueden ocurrir chistes, porque se siente uno rodeado de una atmósfera de solemnidad y de misterio que llena el alma del sentimiento de ternura y recogimiento religioso" (2).

Quizá por esa inadaptación de su concepto sentimental y romántico de la religión, con las fórmulas acabadas, con la liturgia hecha, con la esencia de la religión católica consolidada en la inteligencia de los hombres y en los escritos de los teólogos; es por lo cual Altamirano y sus románticos compañeros no podían ver en el catolicismo la religión verdadera y la despreciaban y perseguían con todas sus fuerzas, siendo en cambio, entusiastas defensores de aquellos burdos ensayos de la religión de la patria y el progreso, sin saber que aquellos ritos exóticos, llevarían hasta los ritos de las dictaduras europeas del siglo XX.

En su mismo escrito acerca de la Quinta Velada Literaria si-gue dando pruebas de su jacobinismo, cuando comenta un soneto de Rafael Gómez Páez: UN CLERIGO A SU SOTANA, en el cual dice refiriéndose al personaje tratado en el verso: "No se crea que hay en él algo parecido a las filosóficas lamentaciones que hacía Lope a propósito de la suya, no, es un clerizonte de esos testarudos, del tiempo de la reacción, que lleno de esperanzas en la abolición de las leyes de Reforma, se permite un soliloquio conso-

(1) Leyeron composiciones, por el orden que están mencionados, José Rivera y Río, Guillermo Prieto, Juan Pablo de los Ríos, Joaquín Alcalde, Joaquín Téllez, Manuel Sánchez Facio, Manuel Peredo, José T. Cuéllar, Rafael González Páez, Luis G. Ortiz, Julián Montiel, Justo Sierra, Valentín Uthink e Ignacio Ramírez.—Ob. Cit. Pág. 196.

(2) Ob. Cit. Pág. 199 y sig.

lador, diciendo a su sotana, esto es, para su colete, todas las lindzas que le inspira su despecho y su rencorosa fe" (1).

Comentarios por estilo de los anteriores se prodigan a través de las críticas literarias de Altamirano.

Su propósito, pues, más que nada, parece que es el ataque constante a los ministros e instituciones de la Iglesia.

A través de su pluma deseaba terminar con todo aquello que olera a Religión Católica, a fin de interpretar fielmente el contenido de las Leyes de Reforma. Sin embargo, no se puede desprender del sentido religioso y ensalza aquella religión subjetiva intraducible a otras fórmulas que no fueran, o bien las propuestas por la religión tradicional, o bien aquellas más o menos ridículas, de la religión de la patria y de la libertad.

En este aspecto, Altamirano permanece como un soñador que no elabora en fórmulas concretas su pensamiento en relación con el problema religioso.

Una confirmación a lo anterior, nos la proporciona el propio Altamirano cuando revisamos sus páginas literarias como costumbrista y novelista, a través de las cuales vemos que, si en el aspecto que acabamos de comentar, forja algunos personajes que sólo conciben a la religión como algo que ha de quedar dentro del individuo, sus personajes de las novelas son completamente diferentes, pues se encuentran arrancados a esa realidad, de la cual muchas veces Don Ignacio se olvidaba, y forjaba individuos ideales que nunca, ni en él mismo, se llegarían a realizar.

Veamos pues, como nos presenta Altamirano el problema religioso a través de sus novelas.

Escoge, casi siempre, para sus escritos propiamente literarios, lugares o escenas que llegan directamente a todos los mexicanos y donde parece encontrarse a sí mismo. Sus paisajes son frecuentemente delicados y llenos de interesantes aspectos humanos. Así por ejemplo, hemos visto cuál era el concepto que tenía de los clérigos y sobre todo de los españoles, a los que no consideraba sino un poco más arriba de unos verdaderos miserables. En cambio, en su NAVIDAD EN LAS MONTAÑAS, (2) retrata un cura de la siguiente manera:

(1) Ob. Cit. Pág. 204.

(2) Alres de México.—Pág. 57 y sigs.

"—¿Y qué tal? ¿parece buen sujeto el cura?"

"—Es español, mi Capitán, y creo que es todo un hombre".

"¡Español! me dije yo; eso sí me alarma, yo no he conocido clérigos españoles más que jesuitas o carlistas, y todos malos".

.....  
Habla después el sacerdote y dice:

"—Tengo una casa cural muy modesta —añadió—, como es la casa de un cura de aldea, y de aldea pobrísima. Mis feligreses viven con el producto de un trabajo ímprobo y no siempre fecundo. Son labradores y ganaderos, y a veces su cosecha y sus ganados apenas les sirven para sustentarse. Así es que mantener a su pastor es una carga demasiado pesada para ellos; y aunque yo procuro aligerarla lo más posible, no alcanzan a darme todo lo que quisieran, aunque por mi parte tengo todo lo que necesito y aún me sobra. Sin embargo, me es preciso anticipar a usted ésto, señor capitán, para que disimule mi escasez, que, con todo, no será tanta que no pueda yo ofrecer a usted una buena lumbre, una cama blanda y una cena hoy muy apetitosa, gracias a la fiesta".

De esta manera, sencilla, va contando el cura de la NAVIDAD EN LAS MONTAÑAS, su trayectoria de vida en la que había dejado las perspectivas de la vida de comerciante, y posteriormente la vida sedentaria de los frailes carmelitas del convento de Tenancingo, para lograr su excomunión y dedicarse a las tareas misioneras que habían sido su anhelo. Completa Altamirano el retrato del cura aquél, de la siguiente manera:

"Esto hace tres años. Los médicos opinaron que en este tiempo podía yo, sin peligro inmediato, consagrarme a las misiones lejanas, y entretanto, me aconsejaron que dedicándome a trabajos menos fatigosos, como los de la cura de almas en un pueblo pequeño y en clima frío, procurase conjurar el riesgo de una muerte próxima".

"Por eso mi nuevo prelado secular me envió a esta aldea, donde he procurado trabajar cuanto me ha sido posible, consolándome de no realizar aún mis proyectos, con la idea de que en estas montañas también soy misionero, pues sus habitantes vivían, antes de que yo viniese, en un estado muy semejante a la idolatría y a la barbarie. Yo soy aquí cura, y maestro de escuela, y médico y consejero municipal..."

El romanticismo de Altamirano, tan mexicano y a la vez tan alejado de la realidad aparece algunas líneas más adelante, las cuales a la vez se pueden tomar como un reproche al espíritu práctico que tienen las cosas en la realidad.

"—¿De manera, señor cura —le pregunté—, que usted no recibe dinero por bautizos, casamientos y entierros?"

"—No, señor, no recibo nada, como va usted a saberlo de boca de los mismos habitantes. Yo tengo mis ideas, que ciertamente no son las generales; pero practico religiosamente. Yo tengo para mí que hay algo de simonía en estas exigencias pecuniarías, y si conozco que un sacerdote que se consagra a la cura de almas, debe vivir de algo, considero también que se puede vivir sin exigir nada, y contentándose con esperar que la generosidad de los fieles venga en auxilio de sus necesidades".

Como se puede ver, la idea que Altamirano pretende llevar en su narración es similar a la que siempre había sostenido, es decir la crítica a la Iglesia. Pero aquí está presentada en forma mucho más racional, que causa mejor efecto. La misma idea de crítica, pero constructiva. Esta forma de proceder fué más aceptada, pues aún sus propios opositores aplaudieron este escrito porque en él no encontraron las afirmaciones exageradas de sus arrebatos oratorios, sino la crítica serena y racional que podía llegar a sus enemigos haciéndolos recapacitar en sus defectos.

Por regla general, los personajes que imagina Altamirano para sus escritos y sus novelas, son tomados de la realidad y no se parecen a los que hubieran resultado de existir el hombre ideal que en sus teorías forjaba Don Ignacio, con la sola fe en el progreso y en la libertad. Así al describir, en su novela CLEMENCIA, a un personaje que es el prototipo del malvado, lo pinta de la siguiente manera: "Sin creencias de ninguna especie, carecía también de la energía que da la fé, que da la justicia de una causa, que da el amor a la gloria" (1).

En otro lugar presentará la crisis vital de otro de sus personajes, el más noble de ellos, una mujer que al pensar en el hombre que amaba: "la obligaba a rezar para buscar apoyo en Dios, contra ese sentimiento que parecía dominar su corazón de una manera tan desconocida como inesperada" (2).

(1) Clemencia.—Colección de Escritores Mexicanos.—México 1914 pág. 205  
(2) Ib. Ib. Pág. 75.

Igualmente, en sus descripciones de lugares, es más realista que cuando formula teorías acerca de cómo debían ser los ciudadanos:

"Puede asegurarse, sin temor de errar, que no hay una sola persona oriunda de esta bella ciudad, mestiza y católica, que no haya ido alguna vez a ese paseo matinal el viernes de Dolores..." (1).

Por esa virtud de realismo que tienen sus descripciones costumbristas, es por lo que han perdurado a través del tiempo, y por las cuales Altamirano ha pasado, aunque modestamente, las fronteras nacionales. Pues cuando se habla de la literatura de América y refiriéndose a México, no se cita a Don Ignacio como el modelo de orador o pensador, sino simplemente como el escritor, "el autor de novelas como CLEMENCIA y NAVIDAD EN LAS MONTAÑAS". A través de las ediciones llevadas a cabo por editoriales internacionales, se le reconoce su verdadero valor y se le sigue admirando como novelista y costumbrista. Nadie toma como fuente para escribir historia de México lo escrito por Altamirano en su HISTORIA Y POLÍTICA DE MÉXICO, y en cambio en la literatura, en donde el sentimiento suele captar un paisaje mejor que el razonamiento, Altamirano sigue siendo el inspirador de normas para escribir amenamente, haciendo caso omiso de algunos rasgos de opiniones político religiosas, que deja escapar en sus descripciones, como la siguiente:

"—Si ha venido usted a oír el sermón, entre a la Iglesia, ahí lo están predicando ya; pero si ha venido a ver la procesión, sepa usted que no hay procesión.

"—¿No hay procesión?

"—No, señor, —me contestó con aspecto consternado, —no hay procesión; qué quiere usted; las leyes de Reforma... ahora han prohibido todo...!

"—¡Ah! lo han prohibido, —me dije interiormente, —¡bueno! ;se cumple con la ley! ¡Ya era tiempo!" (2).

En esta clase de descripciones y diálogos va descubriendo Altamirano muchos rasgos de la personalidad de nuestro pueblo, aunque muchas veces no lo comprendía porque no participaba del

sentimiento religioso cristiano en la forma como se manifiesta en el pueblo. El sentimiento religioso de Altamirano había sido transformado por doctrinas extrañas y revolucionarias, que lo llevaban muchas veces, a despreciar aquellas prácticas ingenuas de la religión popular. Para él, aquellas representaciones de la Pasión de Cristo, las peregrinaciones al Tepeyac o al Señor del Sacromonte, la ceremonia del Día de Difuntos le molestaban y habla de ellas sólo en el aspecto pagano que sigue a la festividad religiosa, quitándole el significado que tiene la parte esencial de esas fiestas de nuestro pueblo.

A pesar de esos defectos, de no estar esencialmente identificado con el pueblo, es Don Ignacio uno de los que han marcado derroteros en el estilo y la temática de nuestra literatura.

Por medio de sus numerosas descripciones, va descubriendo facetas de la personalidad del pueblo mexicano que después se han ido reafirmando y son admiradas por quienes gustan de escribir sobre las costumbres populares mexicanas.

Los problemas religiosos aparecen en el literato de una manera bien diferente de la que nos presenta el político. Sus críticas al clero y a la labor de la Iglesia, aunque no dejan de presentarse, son hechas de manera mucho más suave y tienen caracteres de comprensión hacia aquellos que no piensan igual que él. Parece que cuando ya no es un auditorio exclusivamente político al que va a llegar su palabra, le importa menos convencerlo de la maldad del clero y del oscurantismo de la Iglesia Católica. Por el contrario, se siente consejero de todos aquellos que pretendan descubrir lo mexicano a través de la literatura.

Altamirano, el literato, vive por medio de sus personajes una religión que él no quiso o no pudo vivir en la realidad, y se desahoga haciendo que sus personajes tengan los momentos que él no pudo tener.

Sus descripciones populares dan la impresión de ser de un escritor que observa cómo la gente del pueblo resuelve un problema al cual él ha buscado una solución que considera superior, y al no satisfacerle siente por la gente sencilla una especie de desprecio que se muestra a través de la ironía de sus descripciones, en las cuales hace resaltar los defectos y olvida el mensaje espiritual de esos actos populares.

(1) Se refiere a la Ciudad de México.—Paisajes y Leyendas. Pág. 207.

(2) LAS TRES CAIDAS DE TACUBA.—Paisajes y Leyendas. Pág. 228.

## CAPITULO VII

### IDEAS RELIGIOSAS EN EL HOMBRE

Hemos considerado hasta ahora a Altamirano en el aspecto de su personalidad que se reflejaba hacia afuera, que se presentaba con la conciencia plena de que, de una u otra manera, iba a ser juzgado por los demás. Nos falta considerarlo cuando se encuentra consigo mismo, o cuando habla o escribe para un público que no tenía más interés que buscar un consejo o hallar un consuelo en la palabra de aquel hombre que había tenido momentos difíciles que atravesar y que había sabido mover la voluntad propia y las ajenas, para dirigir las a una empresa.

Altamirano debe haber pasado su niñez sin mayores problemas en el aspecto religioso, que los que puede tener cualquier adolescente que vive en un pequeño poblado. Aunque recibió el bautismo, tal y como consta en los archivos parroquiales, podemos suponer que en su niñez no recibió, prácticamente ninguna instrucción de doctrina cristiana, pues, según las estadísticas, el número de sacerdotes en México disminuyó en los primeros cuarenta años de vida independiente, en cerca del sesenta por ciento. De 7,341 que había en 1810, bajó al de 4,350 que se calculaba para el año de 1851 (1). La escasez de clero, se supone que debió haber sido más notable en los pueblos pequeños, y la falta de instrucción religiosa en aquel tiempo, sólo era subsanada personalmente por el sacerdote.

Cuando Altamirano abandonó su pueblo natal, se encontró incorporado al Instituto Científico y Literario de Toluca, que cons-

(1) Regis Planchet.—El Robo de los Bienes de la Iglesia.—Pág. 396. También: Apuntes Geográficos y estadísticos de la Iglesia Católica en México.—1945.

titula uno de los primeros ensayos en México, de la educación laica. Esta situación debe haber provocado que Don Ignacio no pensara en los problemas religiosos, sino en cuanto que éstos estaban relacionados con la política. Si a esto agregamos el hecho que se produce en casi todos los jóvenes que dejan a su familia en el pueblo, con todas sus tradiciones espirituales, para llegar a la ciudad, en donde son víctimas de las teorías que más en boga estén; nos podremos explicar la poca lucha que debió haberse desarrollado en su alma cuando se encontró con aquella serie de libros, de escritos, y sobre todo de maestros que atacaban al catolicismo, haciéndolo aparecer como el causante del oscurantismo que había pasado la humanidad en sus diferentes épocas y que, además, presentaban una solución tan brillante en los planos de la ciencia y la política, a los problemas de un país que luchaba por encontrar su rumbo.

Más adelante, la existencia agitada y llena de privaciones que llevó durante su vida de revolucionario, no le dejó mucho tiempo para pensar en aquellas verdades que constituyen el dogma católico, y ni siquiera para entablar una discusión seria respecto a ellas. Simplemente pareció ignorar muchas y aceptó sólo aquellas sin las cuales no podía pasar como un hombre instruido en el medio social de su época.

Si en lo que se refiere al dogma, no encontramos ninguna discusión seria en que intervenga, en la parte litúrgica ve solamente el aspecto externo y popular. No encontramos que trate de profundizar en el significado de los ritos católicos, pues, quizás si lo hubiera hecho, esas ceremonias hubieran impresionado más a su naturaleza eminentemente sensible y sentimental, que las fórmulas escuetas del dogma.

A través de sus crónicas de las diferentes fiestas, Altamirano nos muestra sólo la parte exclusivamente adyacente a la liturgia. Cuando asiste a la ceremonia del Día de Muertos, sólo ve lo que el pueblo hace una vez que ha terminado la ceremonia religiosa propiamente dicha. Su descripción de LAS TRES CAIDAS DE TACUBA y las fiestas de la Semana Santa en su pueblo, nos muestran sólo el sentido populachero; de la misma manera como un turista de nuestros días retrata con su cámara fotográfica las ceremonias, él las retrata con su prosa elegante, pero sin llegar al contenido profundo y espiritual de todo aquello que realmente constituye la liturgia. La liturgia católica no fué para Altamirano sino

una serie de cuadros más o menos pintorescos, que le daban ocasión para lucir sus buenas cualidades de escritor.

Si en el dogma no profundizó y en la liturgia no captó el sentido integral, la moral fué para Altamirano algo muy importante. No seguía la moral cristiana, pero sí fué un hombre que vivió bajo ciertas normas morales, que se impuso a sí mismo: Fué un hombre bueno moralmente, cuya vida estuvo salpicada de ejemplos laudables.

Su moral fué meramente humana, no muy luminosa ni amplia, que encontraba su fundamento filosófico en las doctrinas cartesianas. Sólo que en Altamirano esta forma de obrar bien, por guardar las formas sociales, estuvo definida por su temperamento eminentemente sentimental que le hizo escribir en sus PAGINAS INTIMAS, el día 22 de mayo de 1869: (1).

"No tengo el pecho henchido de suspiros. En cambio, no tengo remordimiento. Yo no he tenido el antojo de hacer mal, y si lo he hecho a alguno ha sido a mí mismo".

"Estoy pobre porque no he querido robar. Otros me ven desde lo alto de sus carruajes tirados por frisiones, pero me ven con vergüenza".

"Yo los veo desde lo alto de mi honradez y de mi legítimo orgullo".

Se puede afirmar que su honradez, en cuanto a cuestiones de dinero se refiere, debió haber sido completa, pues cuando murió, después de haber desempeñado varios puestos públicos; su viuda doña Margarita de Altamirano, no tenía siquiera una casa propia para vivir. Esta le fué proporcionada algún tiempo después por uno de su parientes cercanos, Don Joaquín D. Casasús, como hace constar Carlos Serrano en un artículo aparecido en "Excelsior" de la Ciudad de México (2). Si eso fué al final de su vida, en su juventud no gozaba tampoco de soltura económica, pues en la plenitud de su carrera política, escribía Altamirano en sus PAGINAS INTIMAS, el 8 de marzo de 1870:

"Agobiado por la pobreza, como había de pensar en otra cosa, pienso en la literatura".

- (1) PAGINAS INTIMAS.—Publicadas por la Sra. Catalina Sierra Casasús en un artículo titulado: Altamirano Intimo.—Rev. HISTORIA MEXICANA.—Vol. 1 Tomo I. Págs 99 y sigs.
- (2) Número del 28 de Junio de 1951.

"Ciertamente, si por algo me parece amarga esta escasez obstinada de elementos, es porque no puedo comprar libros, ni preparar la edición de mis pocas cosas" (1).

Su actitud moral en el aspecto económico es más de admirar, cuando sabemos que muchos como él, que habían luchado por las Leyes de Reforma y la desamortización de los bienes de la Iglesia se habían enriquecido, en tanto que él había permanecido ajeno a aquellos turbios negocios, a pesar de que muchas veces lo cercaba la sombra ya no de la pobreza, sino de la misma miseria. En las Páginas Intimas que hemos citado, el mismo 8 de marzo de 1870 (2), después de enumerar los títulos y nombramientos que tenía en aquella época, dice:

"¡Ay! Cuántos diplomas y cuántos honores, y ahora mismo, casi escribo estas líneas para entretener el hambre. ¡Poco faltó para no tener qué comer hoy!

"Al fin comimos un guisado y Laus Deo".

Continúa enseguida:

MARZO 11.

"Después de tanta miseria... ¡Trescientos pesos!, es decir una gota de agua en el desierto.

"Apenas alcanza ésto para pagar mis libros llegados de París y para contentar a mi casero".

"¿Cómo hacerme ropa?"

"Me parezco en el traje a Pedro Gringoire".

"Temo morirme este año".

Sin embargo, sus temores de morir aquel año resultaron infundados: todavía tenía don Ignacio en aquella época, veintitrés años por delante.

Su moralidad y su afán de observar ciertas normas éticas, se extendió a lo largo de toda su vida, y es la explicación de numerosas expresiones que encontramos posteriormente en varios de sus escritos.

En efecto, al hablar de las obras literarias sobre cuestiones

- (1) Altamirano Intimo.—Revista HISTORIA MEXICANA Núm. 1 Pág. 160. También en: Prólogo a Tomo I de Obras Completas Pág. XV.  
(2) Ob. Cit. Págs. 102 y 103.

morbosas, que son lecturas predilectas de algunos elementos de la juventud, tuvo expresiones como las siguientes:

"Los cuadros seducen, las reticencias malignas despiertan la curiosidad, el lenguaje de la lectura embriaga, y si no se encuentra en la pasión una fuerte dosis de moralidad, el alma se extravía" (1).

Completa su pensamiento diciendo:

"pero nosotros deseamos la moral ante todo, porque fuera de ella, nada vemos útil, nada vemos que pueda llamarse verdaderamente placer..."

Por lo que se refiere a los otros aspectos de su vida moral, lo encontramos también como un hombre íntegro. No hemos localizado la fecha de su matrimonio, pero para el año de 1861 estaba ya casado con doña Margarita, y sus relaciones eran muy armónicas, según una anécdota publicada por Carlos Serrano en el artículo citado (ver nota anterior):

"El día en que se discutió en la Cámara la Ley de Amnistía (10 de Julio de 1861) después del golpe de Estado de Comonfort, Altamirano pronunció un discurso tremendo contra la Ley, en el que pedía la cabeza de don Isidro Díaz, don Manuel Payno y don Leonardo Márquez; discurso que le valió ovaciones indescriptibles dentro y fuera de la Cámara, pues fué llevado en triunfo hasta su casa. Entonces Payno tuvo esta frase sangrienta:

"—Este indito habla de hambre..."

"Pero lo curioso del caso, —comentaba después Altamirano— es que al llegar a mi casa lleno de gloria, mi mujer, mi noble y santa Margarita, me anunció que no había qué comer..."

Como no tuvo descendencia en su matrimonio, don Ignacio había adoptado en calidad de hijas, dándoles su nombre a las medias hermanas de su esposa: Catalina, Guadalupe y Dolores a quienes también quería entrañablemente, como escribió en el tomo segundo de los DIARIOS el día 25 de noviembre de 1892:

"El día frío y triste. En la tarde recibí cartas de Catalina y Lupe, mis adoradas hijas, de Lola y de Joaquín, todas muy largas y bellas. Lloré acordándome de todos y leyendo sus frases cariñosas" (2).

- (1) LA LITERATURA NACIONAL.—Tomo III, México, 1949.  
(2) Citado en el Artículo de Carlos Serrano.—Excelsior.—Junio 30, 1951.

A pesar de estos rasgos, que hablan elogiosamente de su valor humano en estos aspectos, Altamirano no supo aprovechar las luces que da la religión sobre todo a aquellas almas como la suya, que se dejan fácilmente conducir por las emociones.

Aún al fin de su vida, cuando sentía que todo se acababa, no quiso recibir nunca los consuelos ni los auxilios de la religión católica. Su última voluntad fué que no se hicieran a su cadáver las ceremonias de la religión, sino que fuera incinerado y sus cenizas traídas a México, pues según cuenta Juan Sánchez Azcona: "el deseo de su incineración no obedecía exclusivamente a facilitar el traslado de sus restos mortales, sino también a su repugnancia, que siempre tuvo y a muchos comunicó, de la costumbre de "poner bajo tierra" a los fenecidos, en vez de haber conservado la de la pira y la urna funeraria".

Así como este pasaje que muestra su aversión al catolicismo, hasta sus últimos momentos, encontramos otros en su vida, en los cuales rechazaba la menor insinuación de que él fuera algún día a flaquear en su postura anticatólica. Transcribimos uno que apunta Carlos Serrano: (1).

"Estaba Altamirano contemplando unos cuadros de asuntos religiosos de un convento de la Capital, cuando llegaron el Presbítero José Sebastián Segura y otras personas, todos ellos sus amigos bien queridos. Después del saludo, el maestro clavó de nuevo la mirada en las pinturas.

"—Usted está embebido, maestro —le dijo uno de ellos. Altamirano no contestó. Seguía viendo hacia arriba.

"—Usted quiere convertirse, maestro —le dijo Segura.

"—Si sintiera convertirme, ya sé el remedio: la ducha, —replicó Altamirano" (2).

Posiblemente muchas fueron las veces en que Altamirano se encontró de frente, ante su conciencia, en relación con este problema, pero su temperamento fuertemente romántico le impidió que se aviniera con aquella forma acabada de una religión como la católica, pues para él, sólo lo que tocara el sentimiento tenía atractivo, como lo vemos que se entusiasma cuando comenta los CUENTOS DE NAVIDAD de Carlos Dickens, de los cuales dice:

(1) Citado en el Artículo de Carlos Serrano. Excelsior Junio 30-951.

(2) Artículo citado.

"...bajo la forma de bellísimos cuadros de costumbres, contienen una enseñanza, tan útil, tan suave y tan profunda, que ninguna familia debería desdenar. Es la moral evangélica, no desleída en agrios y soporíferos sermones, sino en deliciosas leyendas que se escuchan con el más vivo interés, con indecible ternura, y las más de las veces derramando lágrimas consoladoras" (1).

Junto a estos rasgos de entusiasmo por la moral evangélica, presentada en forma de cuentos, nos habla de las ideas nuevas que consideraba como la religión más recomendable y de la cual se hizo portavoz para llevarlas a la juventud. Así en la introducción que escribió a *RECUERDOS*, de Adolfo Llanos y Alcaraz, dijo:

"...el espíritu moderno necesita fé, fé que lo ilumine como un sol y que lo arranque de las sombras del desaliento y las preocupaciones. La fé en el progreso, el amor a la Patria, la religión de la libertad, he aquí los grandes númenes que deben inspirar a la juventud desde el olimpo del siglo XIX" (2).

Y decía ésto, porque en realidad, eran las ideas o ideales que lo sostenían cuando se encontraba frente a las crisis que le asaltaban frecuentemente a causa de su temperamento pasional, por eso es que en el *JUICIO CRITICO de EL ESCEPTICO*, de Vicente Morales, proclamó algo que, aunque de sobra conocido, no deja de tener valor para enterarnos de lo que Altamirano concebía como ideales de su vida y los recomendaba como los más sublimes:

"El hombre que no tiene algún gran culto que fortifique su corazón, el culto del trabajo, el culto de la libertad, el culto de la ciencia, alguna grande idea que le sirva de norte a luchar con las revueltas ondas de este océano que se llama la vida, está condenada a naufragar sin remedio" (3).

Y sin embargo, cuando parecía que estaba convencido de esta realidad, que sus creencias se asentaban sólidamente en aquellos postulados de su fé a la siglo XIX y él mismo parece darnos la clave exacta de su propio fundamento espiritual, se deja traicionar por su propio espíritu de poeta soñador y dice:

"Y el poeta entonces, sondeando el abismo de su espíritu, encuentra en su fondo el siniestro reflejo de todas las maravillas de la realidad inexplicada, de todos los misterios, de todas las dudas,

(1) Paisajes y Leyendas.—Págs. 146 y 147.

(2) La Literatura Nacional Tomo III, Pág. 27.

(3) Paisajes y Leyendas.—Págs. 146 y 147.

de todas las miserias de la ciencia humana, de todos los dolores desesperados, y busca con ojo inquieto la luz de la verdad, y no encontrándola, va a concluir en una negación suprema, cuando ve surgir más bien con el instinto del sentimiento que con la vista de la razón, un hilo luminoso que encadena su espíritu al cielo de la fé... es la creencia en Dios!" (1).

La fé en aquellos ideales del siglo XIX se ve, como en la cita anterior, rota por los golpes demoledores que parece que le hacen volver hacia la única fé que puede justificarse plenamente y que no desalienta jamás. Pues junto a estos arranques, nos encontramos con el hombre decepcionado de su predicación que derrama lágrimas frente a las realidades de la vida, lo mismo en público que en privado, como en el discurso que pronunció en los funerales del coronel Juan C. Doria (2) exclama:

"¡Morir!... es el destino de la humanidad: ésto lo sabemos desde que sentimos el soplo de la existencia, desde que comprendemos lo deleznable y mezquino de la materia, desde que se nos revela en nuestras esperanzas, en nuestros goces y en nuestros sufrimientos, que somos creaturas y no creadores, que no comprendemos los misterios de la vida y de la muerte, y sentimos la falta de ese espíritu todopoderoso, cuya fuerza consiste en la perpetuidad, en la ciencia y en la bondad infinita".

Y esto decía a los treinta y cinco años, cuando ya se sentía viejo y acabado, se encontraba decepcionado de todo aquello que había sido el eje de su vida. Los grandes ideales de su juventud se habían acabado; la política, que había centrado gran parte de su vida, no significaba nada para él. Se cuenta una anécdota, que en los últimos días que pasó en México, antes de salir para Europa, decía a uno de sus discípulos:

"—Hijo, no se meta usted nunca en política, porque el que se mete en ella, como por una chimenea, si no se quema se "tizna" (3)"

El final de la vida de Altamirano es una procesión de desencantos de aquellos dioses que había entronizado en su corazón. Huía de todo aquello refugiándose en la literatura, por la cual se acercaba al espíritu, o bien en el cariño de los suyos. Sin embargo, lo había llevado lejos y nunca traspasó las fronteras del catolicismo.

(1) Prólogo a las POESIAS de Miguel Ulloa. La Literatura Nacional. Tomo III Pág. 149.

(2) 17 de noviembre de 1889. Obras Completas. T. I. Pág. 121.

(3) Carlos Serrano, Excélsior.—Junio 28 de 1951.

Quizás para él, sonaban las palabras que en alguna otra ocasión había dirigido a quienes, faltándoles el don de la vista, habían escuchado los reconfortantes consejos del entonces brillante hombre público. Quizás al repasar las notas de sus discursos había recordado sus palabras dichas a los ciegos de los ojos materiales:

"De todos modos, en presencia de semejante desgracia, sólo la fé religiosa, madre de la resignación y la esperanza, y la ciencia, madre de la reflexión y la serenidad, pueden secar las lágrimas después de que ha pasado la primera horrible impresión de dolor y de duda".

"Y no sólo enjagan el llanto y acallan la desesperación, sino que consuelan y hacen convertirse el gemido y la queja en sonrisa triunfal" (1).

Y estas palabras completadas con los párrafos del mismo discurso, dirigido a un auditorio que necesitaba de la luz interior, pues de otra clase no podía recibir, usa para llegar a sus almas, una de sus expresiones más valiosas:

"La fé religiosa dice que hay más allá de esta vida frágil y breve, turbada por las zozobras y amargada por las lágrimas, más allá de este mundo agitado por deseos insensatos y por pasiones mezquinas, más allá de estos senderos en que la planta pisa abrojos y en que el corazón desfallece de aflicción y de angustia, hay una vida inmortal y serena, alumbrada no por la luz de los astros también perecedera y cambiante, sino por una luz apacible y dulce, magnífica y eterna: ¡la luz del amor y la felicidad!... luz divina, premio de los que han sufrido y para lo cual no necesitaréis de los sentidos de la tierra, sino de la virtud de nuestra alma resignada y humilde, paciente y bondadosa".

"Allá en esa vida, el Ser que preside al Universo, la Bondad Suprema que anima los mundos, recompensa con goces inmortales a los desgraciados los momentos de dolor y de tristeza que han sufrido acá en la tierra. ¡Aquello sí es día! ¡Aquello sí es luz!"

"Esto os dice la fé religiosa, ¿no es verdad, hijos míos? Pues bien: ¡conservadla como un precioso tesoro, conservadla como una

(1) Discurso, por encargo del Director de la Escuela Nacional de Ciegos, en la distribución de Premios el 23 de diciembre de 1877. Obras Completas T. I.

lumbre de esperanza, como el báculo de viaje que os hará menos fatigoso el áspero sendero de la vida! (1).

Y sin embargo, cuando aquel hombre que así había hablado, se encontraba ya con la convicción de que todo se acababa, cuando sólo ansiaba volver a su patria que ya no vio más, no recurría a esa fé religiosa, sino que, por el contrario, rechazaba íntegramente cualquier ayuda espiritual que hubiera podido darle la religión que había sido la de sus padres.

Algunos días antes de morir, había recomendado que no se acercara el sacerdote a su lecho de muerte y que una vez que él hubiera "pasado el umbral de esta vida", no se celebraran servicios religiosos de ninguna especie, sino que su cuerpo fuera incinerado y sus cenizas transportadas a su patria.

El 13 de febrero de 1893, a los 59 años de edad, Altamirano dejaba este mundo, como él lo había pedido, sin recibir los auxilios de la religión.

Así terminaba la vida de ese gran romántico que quiso imprimir en su existencia un sello de hombre nuevo, del hombre de una generación, que había aconsejado como ideales aquellos que pronto le habían decepcionado. El hombre que aunque muchas veces estuvo cerca de la verdad, la había rechazado, sin conocerla por no ceder ante un mundo que lo había reconocido como paladín de una causa.

Altamirano había logrado encarnar al hombre nuevo del liberalismo mexicano, al hombre que despreciaba la tradición y que forjaba ideales sobre las nubes. Encarnaba al hombre que hacia el exterior, en su vida pública, era un buen hombre, pero en su conciencia conservaba las grandes inquietudes de un ideal no satisfecho. Era el hombre nuevo que tenía dos vidas, la que se reflejaba hacia fuera y la que se consumía dentro.

El hombre nuevo que públicamente no hacía nada malo. Que practicaba las virtudes cuando esto era bien visto por los demás y en el fondo se sentía decepcionado de aquel modo de ser. Su alma no tenía la serenidad de las virtudes cuando se practican por una razón trascendente:

"Yo no he tenido el antojo de hacer mal, y si lo he hecho a alguno, ha sido a mí mismo" (1).

Es decir, que Altamirano se quería convencer de que el mal sólo existe en lo físico, era el hombre que había invertido la jerarquía de valores. Que consideraba como mal principal, al físico y externo. Era el hombre que no medía las consecuencias que una enseñanza mal orientada produce en los demás peor daño que una bofetada, o que el despojo de una cartera.

Era el hombre nuevo de la segunda mitad del siglo XIX mexicano, que con su enseñanza empujaba a la juventud hacia el endiosamiento de mitos de los que pronto se decepcionaba, conduciéndole a buscar algo más material y perceptible.

Fué altamirano el hombre nuevo que levantó altares a la idea de la Patria, que pregonoó la religión de la libertad, y que al final de su vida había huído por el desencanto de todas aquellas ideas y en la conciencia con la terrible ironía de que no había hecho mal a nadie.

(1) Ob. Cit. Pág. 203.

(1) Páginas Íntimas.

## CONCLUSION

Hemos tratado, con las anteriores páginas, de presentar un caso humano de nuestro medio, en el que las ideas venidas de países con problemas diferentes a los del nuestro, fueron asimiladas por un mexicano y tratadas de aplicar de la misma manera como lo habían sido en su país de origen.

Esta forma de proceder ocasionó el conflicto interno de nuestro personaje en el que una vez más se presenta el hecho de la realidad triunfando sobre los ideólogos, que se repite a lo largo de la historia del México independiente.

Ahora bien, lo dicho en este trabajo nos hace concluir que, si la actual generación joven de pensadores mexicanos desea realmente colaborar en una efectiva independencia cultural de México, deberá acoplar las grandes ideas rectoras de la humanidad a las condiciones reales de nuestro modo de ser. Deberá convencerse de que sólo superando esa dependencia cultural, —no incluimos aquí el avance de la técnica—, del extranjero, estarán contribuyendo efectivamente a la formación de una verdadera nacionalidad mexicana.

## BIBLIOGRAFIA

### ESCRITOS DE ALTAMIRANO

#### ARTICULOS:

- Algo sobre la despedida de Don Carlos. "El Federalista" Junio 29 de 1876.
- Algunas palabras acerca de Mr. Wagner, Ministro de Prusia en México. "El Monitor Republicano", 11 de Agosto de 1862.
- Bibliografía.—"Boletín de la Sociedad de Geografía y Estadística de la República Mexicana", 1873 T. I. Págs. 127-128 y 190-192.
- Boletín Bibliográfico.—"El Renacimiento" T. I. 42-44, 76, 88, 116 509-511.
- Bosquejos.—"El Federalista" Enero 9, Enero 16, Enero 23, Enero 30, Febrero 6, Febrero 13, Febrero 20, Febrero 27, Abril 3, Abril 10, Mayo 15, Mayo 22, Mayo 29, Junio 5, Junio 19, Junio 26, Julio 3, Julio 16, Agosto 6, Septiembre 24, Octubre 22 de 1871.
- Candidatura Presidencial.—"El Correo de México" 12, 23 y 25 de Septiembre de 1867.
- Carlos Dickens.—"El Federalista" T. I, Págs. 66-68.
- Cartas a Tartufo.—"El Federalista" 13 de Marzo de 1871.
- Contestación al remitido de Don Diego Alvarez.—"El Siglo XIX", Junio 22 de 1868.
- Contestación al Sr. Baz.—"El Correo de México", Octubre 31 de 1867.
- Correo.—"La República" Mayo 18, Mayo 21, Agosto 24 y 26 de 1860.
- Crónica.—"El Renacimiento" Tomo I. Págs. 49-64.
- Crónica de la Semana.—"El Renacimiento", 1869. Se iniciaron el primer número y terminaron el último.
- Crónica de Teatros.—"El Siglo XIX" Febrero 10, 17, 24, Marzo 16, 31, abril 21, mayo 10, junio 25, julio 13, 29, septiembre 15, octubre 14 de 1868.
- Cuentos del Domingo.—"El Siglo XIX", 17, 24 y 31 de Julio de 1870.
- Curiosidades de la Historia de las Ciencias Populares en la Edad Media, por el bibliófilo Jacob. Leyenda del Judío Errante.—"El Federalista", 15 y 22 de mayo de 1871, 11, 16, 23 y 30 de Julio y 6 de Agosto de 1871.
- Despedida.—"El Renacimiento" I:257-8.

Diálogo de los Muertos.—"El Domingo", Febrero 9 de 1873 pp117-119, 2 de Marzo de 1873.

Dramaturgia.—"El Artista", 1874 T. II, 52-53.

El Ahuehuete de la Noche Triste.—"El Siglo XIX" Mayo 5 de 1862.

El 14 de Julio.—"La República", 14 de julio de 1880.

El 5 de Mayo de 1862.—"El Federalista", 5 de mayo de 1871.

El 5 de Mayo.—"La República", 5 de mayo de 1880.

El Ciudadano Ignacio Ramírez.—"El Siglo XIX" Octubre 24 de 1867.

El C. León Guzmán y la Suprema Corte de Justicia de la Nación.—"La Tribuna", 6 de enero de 1874.

El Club Alemán y los Franceses.—"El Federalista"—7 de Febrero 1871.

El 4 de Julio.—"La República", 4 de Julio de 1880.

El Estado de Guerrero.—"El Correo de México": 20, 21, 22, 23 y 29 de noviembre y 11 y 12 de diciembre de 1867.

El Teniente Coronel Cano.—"El Siglo XIX" 28 de abril de 1868.

Gramática de la Lengua Hebrea.—"El Correo de México" 11 de diciembre de 1867.

Idilios y Elegías.—"El Domingo" 27 de mayo de 1872 y marzo 23, 1873.

La Asociación Gregoriana.—"El Siglo XIX" Marzo 28 de 1868.

La Compañía de Opera.—"El Federalista" Julio 30 de 1871.

La "Concordia" de Veracruz y su corresponsal anónimo.—"El Correo de México" 18 de septiembre de 1867.

La medalla Hernán Cortés.—En "Historia Bienal de la República Mexicana" por Manuel Caballero.—México, 1863.

La Pintura Histórica en México.—"La Tribuna" 19 de enero 1874.

La Quinta Velada Literaria.—"El Siglo XIX" Febrero 6 de 1868.

La Semana Santa (Traducción de Eugene Cortet) "El Federalista" Edición Literaria, 28 de marzo de 1872.

La Toma de Tixtla en 1811.—"Diario de Yucatán". Mérida, 16 de Septiembre de 1934.

La Tribuna.—"La Tribuna" Enero 3, 20 y 30 de 1874.

Leyes Orgánicas. El sistema penitenciario.—"La República" 13 de Agosto de 1880.

Los Bosquejos.—"El Federalista" 20 de marzo de 1871.

Los Cuentos de Andersen.—"La República" 29 de Agosto de 1880.

Morelos en Cuautla. Drama Histórico. "Bibliografía del Teatro en México", 1934 p. 19.

Policía.—"El Correo de México" 21 de octubre de 1867.

Rectificaciones Históricas.—"La República" Julio 13 de 1880.

Réplica.—"El Federalista" 20 de marzo de 1871.

Revista de la Semana.—"El Siglo XIX" 7 de enero de 1868; 1, 8, 15, 23, 29 de 1871.

de mayo, 5, 12, 19 de junio, 3, 10 de julio, 7, 14, 21, de agosto de 1870.

Revista Teatral.—"El Siglo XIX" 31 de enero de 1868.

Sobre Teatros.—"El Federalista" 20 de agosto de 1871.

Tertulia en la Casa del Sr. Ministro Nelson.—"El Federalista", 13 de Agosto de 1871.

#### COMPILACIONES:

Aires de México (Prosas) Biblioteca del Estudiante Universitario. Prólogo y selección de Antonio Acevedo Escobedo. Ediciones de la Universidad Nacional Autónoma de México.—México, 1940.

Arguilla Abierta. Cartas y Crónicas de Guillermo Prieto e Ignacio M. Altamirano. Selección y notas de Ana Glúido de Icaza.—México, 1951.

Historia y Política de México. (1821-1862) Empresas Editoriales, S. A. Colección El Liberalismo Mexicano en Pensamiento y Acción.—México, 1947.

La Literatura Nacional.—Revistas, Ensayos, Biografías y Prólogos. 3 Tomos. Edición y Prólogo de José Luis Martínez.—Editorial Porrúa, México, 1949.

Obras Completas de Ignacio Manuel Altamirano.—Tomo I. DISCURSOS. Edición, Prólogo y Notas de Agustín Yáñez. Secretaría de Educación Pública. México, 1949.

Paisajes y Leyendas.—Tradiciones y Costumbres de México. Segunda Serie. Introducción y recopilación de Ralph E. Warner. Antigua Librería Robredo. México, 1949.

3 Novelas Cortas.—Páginas preliminares de Carlos González Peña.—Secretaría de Educación Pública. México, 1944.

#### NOVELAS:

Clemencia.—Editorial Porrúa, México 1944.

El Zarco.—Prólogo de Francisco Sosa. San Antonio Texas.—Imprenta Quiroga (sin fecha 152 pp.)

#### VERSOS:

El Atoyac.—(A Vicente Riva Palacio) 1864. "El Renacimiento" Tomo I págs. 395-396.

El Divino Redentor.—"El Renacimiento" I: 184. También "El Federalista" Edición Literaria del 28 de marzo de 1872, con el título: Plegaria en una Fiesta en la Montaña.

La Salida del Sol.—(1864) "El Renacimiento" I: 224.

Rimas.—Libro I. A Orillas del Mar (Idilios). Libro II. A Una Sombra. Libro III. Cinerarias. Imprenta de F. Díaz de León y Santiago White, 1871, 130 pp.

## FUENTES SECUNDARIAS

### ARTICULOS SOBRE ALTAMIRANO:

- Abeu Gómez: Ignacio M. Altamirano. Su Estructura.—"Símbolo", 1934, I, 1: 23-25.
- Acta que la primera brigada de la División del Sur levantó en la ciudad de Iguala, desconociendo el llamado Gobierno del General Diego Alvarez. "El Siglo XIX" el 1o. de agosto de 1867.
- Agullar y Marocho Ignacio: Contestación "La Voz de México" 16 de Marzo de 1871.
- Altamirano (Ignacio M.): En Diccionario Enciclopédico Hispano-Americano de Literatura, Ciencias y Artes; Barcelona, Montaner y Limón Editores, 1887. I: 1106.
- Altamirano (Ignacio Manuel): En Enciclopedia Universal Ilustrada Europeo Americana. Barcelona, José Espasa e Hijos. Editores. IV: 954.
- Altamirano Militar: "Revista de Revistas", 2 de Diciembre de 1934.
- Alvarez Diego.—Carta al "Siglo XIX" sobre el fusilamiento del Teniente Coronel Cano. "El Siglo XIX", Mayo 28 de 1868.
- Amézcaga, Carlos G. Ignacio M. Altamirano. En "Poetas Mexicanos", Buenos Aires, 1896 pp. 77-96.
- Biografías de Hombres Ilustres.—Publicación de la Dirección de Acción Cívica. Departamento Central del D. F. Talleres Gráficos de la Nación, 1930.
- Borbón y Este, Carlos de Carta de Despedida a México por medio de Altamirano.—"El Siglo XIX" Junio 26 de 1876.
- Bulnes Francisco.—El Verdadero Juárez, 1904. pp. 866.
- Carrancá y Trujillo, Emilio.—Ignacio M. Altamirano. El Masón. "Símbolo", 1934, I, 1:35.
- Cartas a Fausto.—"La Voz de México" 26 de Febrero, 7, 15, 24 y 28 de marzo y 5, 19 y 27 de Abril de 1871.
- Casasús y Altamirano, Jorge D.—Ideas de Altamirano en lo que se refería a la Intervención en México.—"Excelsior", 13 de Nov. 1934.
- Casasús y Altamirano, Jorge D.—"La fecha del nacimiento del maestro Altamirano". "El Universal", 4 de octubre de 1934.
- Casasús y Altamirano, Jorge D.—Las costumbres del Maestro Altamirano. "Todo" Noviembre 13 de 1934.
- Casasús y Altamirano, Jorge D.—Una Oda Inédita de Altamirano a Iturbide. "Todo", 23 de Octubre de 1934.
- Castillo Guillermo.—Clemencia. "El Universal Gráfico" 21 de Febrero de 1865.
- Castillo Ledón Luis.—La Novela Mexicana.—"El Diario" Oct. 28-30-7.
- Cejador y Franca, Julio.—Historia de la Lengua y Literatura Castellana. Madrid, 1928, VIII: 444 y 447.
- Cordero Amador Raúl.—Discurso: En el primer centenario del nacimiento de Altamirano (Dicho en Noviembre 14 de 1934) "Repertorio Americano" San José de Costa Rica, 1935.
- Cordero Amador Raúl.—Ignacio Manuel Altamirano El Patriota. "Símbolo", 1934, I, 1:31-35.
- Córdoba, Tirso Rafael.—Dos Palabras sobre una cuestión personal. "La Voz de México", 22 de marzo de 1871.
- Cornejo Franco, José.—El Centenario de Altamirano. "Ecos" Guadalajara, 1934.
- Cortés, José Domingo.—Prosistas Americanos.—Paris. Tip. Lahure, 1885, pp. 382-383.
- Chavero, Alfredo.—El Homenaje a un Gran Patriota.—"Diario del Norte", Saltillo, Coah., 19 de noviembre de 1934.
- Esteva, Adalberto A.—Ignacio M. Altamirano en "Antología Nacional". Bouret, París-México, 1910. pp. 304-306.
- Esteva, Roberto A.—Plumadas Sueltas. "El Federalista" 20 Enero 1871.
- Facundo.—Un Banquete en el Tivoli. "El Correo de México" 31 de octubre de 1867.
- Fernández Ledesma, Enrique.—La Estética que apasionaba en 1870.—"El Universal" 14 de Febrero de 1926.
- Gómez Rafael.—El Catecismo del Padre Ripalda. "La Voz de México" 21 de marzo de 1871.
- González Mier, Gabriel.—Una Noticia Fatal. La Muerte de Altamirano. Febrero 16 de 1893.
- González Obregón Luis.—Biografía de don Ignacio M. Altamirano. Edición de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, 1893, 24 pp. en 80.
- González Peña, Carlos.—Altamirano Novelista. I. Preludio. Las Novelas Cortas. "El Universal" Noviembre 15 de 1934. II Navidad en las Montañas. Clemencia. "El Universal" Noviembre 29 de 1934.
- González Peña, Carlos.—¿Cuándo Nació Altamirano?—"El Universal" 23 de Agosto 1934.
- González Peña Carlos.—El Hambre del Diputado Altamirano.—"El Universal" 31 de enero de 1926.
- González Peña, Carlos.—El Natalicio de Altamirano. "El Universal" Octubre 14 1934.
- González Peña, Carlos.—Luis G. Inclán en la novela americana. Novelistas predecesores y contemporáneos. "El Universal" 3 de Enero de 1932.
- Gutiérrez Nájera Manuel.—Homenaje a Ignacio M. Altamirano. "Boletín de la Asociación de Universitarias Mexicanas" Diciembre 1934.
- Ignacio M. Altamirano.—"El Nacional" Noviembre 15 de 1934. ,
- Iguínez, Juan B.—Bibliografía Biográfica Mexicana.—Imprenta de la Secretaría de Relaciones, 1930.
- Iguínez, Juan B.—Altamirano, Ignacio M. En Bibliografía de Novelistas Mexicanos. Imp. de la Sria. de Relaciones Exteriores, 1926.

Jiménez Rueda, Julio.—Historia de la Literatura Mexicana, 2a. Edición, Bo-  
tas, 1934, Cap. XVI pp. 186-189.

Junco Alfonso.—Altamirano y la Guadalupeana.—"El Universal" 15 de diciem-  
bre de 1934.

Junco Alfonso.—Juárez Juzgado por Altamirano.—"El Universal" 17 de no-  
viembre de 1934.

López, Héctor F.—Ignacio M. Altamirano Militar. "Boletín Cardenista" 30  
de noviembre de 1934.

López, Rafael.—Altamirano en la Rotonda. "El Nacional" Oct. 31 1934.

López, Rafael.—Don Ignacio M. Altamirano "El Nacional" Octubre 21, 1934.

López, Rafael.—El Centenario de Don Ignacio M. Altamirano. "El Universal  
Gráfico" 13 de febrero de 1935.

Menéndez y Pelayo, Marcelino.—Historia de la Poesía Hispano Americana.  
Madrid 1911.

Moncayo Toribio.—Altamirano y la Masonería.—"Revista de Revistas" 11 de  
Noviembre de 1934.

Muerte de Ignacio M. Altamirano en París el 13 del actual.—"El Demócrata",  
15 de febrero de 1893.

Núñez y Domínguez, José de J.—El Bronce con Arrullos. "El Universal Grá-  
fico", 11 de marzo de 1934.

Núñez y Domínguez, José de J.—La Apoteosis de Altamirano.—"El Univer-  
sal Gráfico" 10 de noviembre de 1934.

Núñez y Domínguez, José de J.—El Mexicanismo en la poesía de Altamirano.  
—"Revista de Revistas". 11 de noviembre de 1934.

Principaron ayer los Homenajes del Maestro Ignacio M. Altamirano.—"Ex-  
celsior", 13 de noviembre de 1934.

Ramírez Ignacio.—Una Carta de Ignacio Ramírez.—"El Federalista". 20 de  
marzo de 1871.

Sánchez Azcona, Juan.—Ignacio M. Altamirano. "El Universal", 13 de no-  
viembre de 1934.

Sierra Justo.—El Maestro Altamirano.—"El Universal". Nov. 13 de 1934.

Torre, Rubén de la.—En el Centenario de Altamirano. "Revista de Revistas",  
11 de noviembre de 1934.

Una Justa Glorificación.—"El Universal" Noviembre 1, de 1934.

Urbina, Luis G.—Ignacio M. Altamirano, Poeta.—"El Universal Gráfico. No-  
viembre 12 de 1934.

Valverde Téllez, Emeterio.—Don Ignacio M. Altamirano en Apuntaciones His-  
tóricas sobre la Filosofía en México.—Herrero Hnos. 1896. Páginas 345-  
350.

Valverde Téllez Emeterio.—Licenciado Ignacio M. Altamirano. En Bibliogra-  
fía Filosófica Mexicana. México 1907 pp. 113-114.

Valle, Rafael Heliodoro.—¿Desconfiaba de los Indios, Juárez? Una Anéc-  
dota del Gran Zapoteca.—"México al Día" 10. de Octubre de 1934.

#### BIBLIOGRAFIA GENERAL:

BRAVO UGARTE JOSE.—Historia de México.—Editorial JUS, México, 1948.

BRAVO UGARTE JOSE.—Compendio de Historia de México. Editorial JUS  
México, 1946.

CUEVAS, MARIANO.—Historia de la Iglesia en México.

CUEVAS, MARIANO.—Historia de la Nación Mexicana, México, 1940.

CHALLAYE, FELICIEN.—Historia de las Grandes Religiones.—Editorial  
América, México, 1945.

DAWSON, CHRISTOPHER.—Progreso y Religión.—La Espiga de Oro, Bue-  
nos Aires, 1943.

DOMINGUEZ, DIONISIO.—Historia de la Filosofía.—Bibliotheca Comillen-  
sis.—Santander, 1942.

ESCUELAS LAICAS.—Textos y Documentos.—El Liberalismo Mexicano en  
Pensamiento y Acción.—México, 1948.

FERRATER MORA, J.—Diccionario de Filosofía.—Editorial Atlante. Méxi-  
co, 1944.

FERRER DE M., GABRIEL.—El Maestro Justo Sierra.—Biblioteca Enciclo-  
pédica Popular.—México, 1944.

HENESTROSA, ANDRES Y JOSE ANTONIO FERNANDEZ DE CASTRO.  
—Periodismo y Periodistas de América.—Biblioteca Enciclopédica Popu-  
lar.—México, 1947.

HENRIQUEZ UREÑA, PEDRO.—Las Corrientes Literarias en la América  
Hispánica.—Fondo de Cultura Económica, México, 1949.

HERNANDEZ CHAVEZ, J.—Lógica.—Editorial JUS, México, 1945.

HUME, DAVID.—Diálogos Sobre Religión Natural.—El Colegio de México.  
México, 1942.

JUAREZ, BENITO.—Textos Políticos.—Biblioteca Enciclopédica Popular.—  
México, 1944.

LARROYO, FRANCISCO.—Historia Comparada de la Educación en México.—  
Editorial Porrúa.—México, 1944.

MARIAS, JULIAN.—La Filosofía en sus Textos.—Editorial Labor, Barcelo-  
na, 1950.

MARTAIN, JACQUES.—Tres Reformadores: Lutero, Descartes, Rousseau.—  
Librería Editorial Santa Catalina, Buenos Aires, 1945.

MARVIN, F. S.—Comte.—Fondo de Cultura Económica, México, 1941.

MATTHIEZ, ALBERT.—La Revolución Francesa.—Editorial Labor, Barcelo-  
na, 1949.

MORA, JOSE MARIA LUIS.—Páginas Escogidas.—Biblioteca Enciclopédica  
Popular.—México, 1944.

OCAMPO MELCHOR.—El filósofo de la Reforma. Biblioteca Enciclopédica  
Popular.—México, 1944.

PRIETO GUILLERMO (FIDEL). Memorias de Mis Tiempos.—Biblioteca  
Enciclopédica Popular.—México, 1944.

**RAMIREZ, IGNACIO.**—El Nigromante. Biblioteca Enciclopédica Popular.—México, 1944.

**ROUSSEAU, JUAN JACOBO.**—Emilio.

**TERESA DE MIER, FRAY SERVANDO.**—El Pensamiento del Padre Mier.—Biblioteca Enciclopédica Popular, México, 1944.

**TOMÁS DE AQUINO, SANTO.**—Summa Teológica.—Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1947.

**TOYNBEE, ARNOLD J.**—L'Histoire.—Bibliothèque des Idées. Paris 1951.

**VASCONCELOS, JOSE.**—Breve Historia de México.—Editorial Polis, México, 1944.

**VILLORO T., MIGUEL.**—El Racionalismo Jurídico.—Centro Cultural Universitario, México, 1946.